

The Library
of the
University of North Carolina



Endowed by The Dialectic
and
Philanthropic Societies

~~862.8
T255
v.373~~



a 00003 015695

WEEKS
of **FIVE**
out on

PEDRO MUÑOZ SECA

EL CONDADO DE MAIRENA

COMEDIA

en tres actos y en prosa, original



Copyright, by Pedro Muñoz Seca, 1920

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1920

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL CONDADO DE MAIRENA

COMEDIA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

PEDRO MUÑOZ SECA

Estrenada en el ODEÓN de Buenos Aires, el 1.º de septiembre de 1919, y
en Madrid, en el TEATRO DE LA PRINCESA, el 1.º de marzo de 1920.



MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup.

TELÉFONO, NÚMERO 551

1920

A Consuelo Cubas de Pelizaeus,
con la admiración, las simpatías
y el afecto de

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES

GREGORIA.....
MERCEDES.....
CONDESA.....
ISIDORA.....
PURITA.....
MANOLITA.....
MARQUESA.....
JUANITA... ..
MILAGROS.....
MAIRENA.....
CARRANCEJA.....
RAFAEL... ..

EMILIO.....

BARÓN.
DON TELMO.....
GERARDO.....
DUQUE.....
MARTÍN.....
PICAZO.....
SANTIZO.....
DOURAND.....

ACTORES

SRA. TORRES.
DÍAZ DE ARTIGAS.
SALVADOR.
MILLANES.
SRTA. PINO.
PACELLO.
TOLDOS.
HERMOSA.
LARRABEITI.
SR. DÍAZ DE MENDOZA (F.)
SANTIAGO.
DÍAZ DE MENDOZA Y
GUERRERO (F.)
DÍAZ DE MENDOZA Y
GUERRERO (C.)
JUSTE.
CIBERA.
CAPILLA.
SANTANDER.
ORTEGA.
VICO.
CORONA.
GUERRERO.



ACTO PRIMERO

Lujoso despacho en casa de don Adolfo Mairena. Muebles del más exquisito gusto. Puertas en los primeros términos de ambos laterales. En el foro, un poco hacia la izquierda, amplio medio punto que comunica con otro salón, especie de ante-despacho, amueblado también con gran lujo, pero en estilo diferente. Este segundo salón, cuyo fondo está constituido por artísticas vidrieras, se pierde en el lateral izquierda.

Es de noche. Las puertas de ambos laterales están de par en par, las cortinas recogidas y los salones todos son un ascua de luz.

La acción en Madrid, época actual y el 24 de Abril precisamente.

(Al levantarse el telón están en escena, en el despacho, ISIDORA RUIZ DE CARRANCEJA, señora como de cincuenta años; PURITA, su hija, chica de veinticinco, un poco varonil tanto en su indumentaria como en sus maneras; la CONDESA DE VANDERLOC, anciana de muy afable aspecto y de indumentaria tan elegante como sencilla; JUANITA MENDARO, señora de treinta y cinco años, un tanto provocativa en el vestir; DON TELMO ARAUJO, señorón muy elegante; GERARDO IRIBAYEN, periodista argentino, melenudito y tal; PICAZO, un pollo bien y SANTIZO, otro pollo más que bien. En el ante-despacho, están GREGORIA GÓMEZ DE MAIRENA, la señora de la casa, mujer de cuarenta años, con el pelo teñido de rubio y un poquito recargada en el adorno personal; la MARQUESA DE ALMENTERO, de mediana edad, elegantísima, y el BARÓN DE RIQUE, viejo teñido y compuesto. Las señoras muy bien vestidas y los caballeros de frac. Todos los personajes que están en el ante-despacho for-

man un solo grupo. De los que están en el despacho constituyen un grupo Isidora, Purita, la Condesa y Santizo. Picazo charla aparte con Juanita y Gerardo con don Telmo.)

GER. (A don Telmo, por Gregoria.) ¡Ah! Entonces, la señora de Mairena es aquella, ¿no?

TELMO Sí, ¿no la conoce usted?

GER. No: a ella no. El señor Benítez, al saber que yo me proponía celebrar una interviú con don Adolfo Mairena para mandarla a mi periódico de Buenos Aires, me dijo que esta noche con motivo de la fiesta onomástica de la señora, habría aquí gran guateque y me sería fácil lograr mi deseo. Pero por más que lo he intentado no me ha sido posible. Le embargan aquí y allá. Hay tanta gente en esos salones ..

TELMO Sí: están rebosantes y valga el tópico.

GER. Ese señor Mairena es un hombre interesantísimo ¿no?

TELMO ¡Ah! Hoy día es una de nuestras grandes figuras. Ahí es nada: una persona que descuella en tantas ramas del saber; en tantas manifestaciones del arte. A mí me asombra; me boquiabre, me abisma.

GER. Como escritor es un gran cervantista.

TELMO Y sobre todo muy vario. Ya ve usted: en una semana ha publicado en su periódico *El Despertar*, tres crónicas y sus asuntos no pueden ser más heterogéneos: una trataba de las enfermedades del olivo; otra demostraba que el chocolate fué un invento asirio y en la última probaba hasta la evidencia que el primer hombre que hizo un viaje submarino fué Jonás, el Profeta.

GER. Yo he leído su obra sociológica sobre el origen gótico de las huelgas y quedé encantado.

TELMO No lo dudo.

GER. Además he oído decir que compone linda música, ¿no?

TELMO Lindísima; y música de ideas, de conceptos, como yo entiendo que debe ser la música. Nada de melodías ni de ritmos. Estrenó hace dos años, un poema titulado: «La República de Platón», que fué un verdadero asombro. ¡Que manera de describir! Se percibían con toda claridad las máximas de

la filosofía platoniana. Actualmente creo que da los últimos toques a otra sinfonía titulada: «La Sed de Pan».

GER. (Extrañado.) ¿Qué me dice, mi amigo? ¿La sed de Pan? Caramba no imagino...

TELMO Se trata del dios Pan, como podrá usted suponer.

GER. ¡Ah! ¡Ya! ¡Qué pavada! Estaba distraído... (Siguen hablando.)

JUA. (A Picazo.) Pues hasta el otro día no he sabido yo que a don Adolfo Mairena le habían premiado en la última exposición de pinturas.

PIC. Sí: una tercera medalla. Y ya usted ve; el primer cuadro que pintaba; qué suerte, ¿eh?

JUA. ¡Es mucho el talento de ese hombre!

PIC. Es una enciclopedia.

JUA. ¿Y era bonito el cuadro?

PIC. Bonito y grande: muy grande: las figuras eran de tamaño natural.

JUA. ¿Qué asunto tenía?

PIC. Un asunto histórico: Carlo Magno y los doce pares.

JUA. ¡Oh! Pues ya sería grande, sí. Digo: veinticinco personas... (Siguen hablando.)

COND. (En su grupo.) Pues yo comprendo que una señorita siga la carrera de farmacia y hasta la de medicina, pero la de veterinaria, vamos, no me cabe en la cabeza.

ISID. Esta hija mía, para ser rara en todo, hasta en eso.

SANT. (A Purita.) ¿Y termina usted este año?

PUR. Sí, señor; este año.

COND. ¿Pero cómo se le ocurrió? ..

PUR. Por puro romanticismo, señora. Yo entiendo el romanticismo a mi manera. Aliviar el dolor de los seres conscientes no tiene importancia. Los seres conscientes saben indicar dónde les duele y hasta conocen a veces, las causas del dolor. Los inconscientes ni se quejan ni saben expresarse. ¡Aliviarles en su dolor es tan hermoso! Es hacer el bien por el bien mismo, sin aspirar siquiera a su agradecimiento. No me negará usted que hay en esto mucho de poesía.

COND. ¡Oh! ¡Ya lo creo!...

SANT. ¡Quién lo dudal... (Siguen hablando.)

- PIC. (A Juanita por la Condesa.) ¿Y quién es esa señora anciana?
- JUA. La Condesa de Vanderloc, la madre de Rafael Solares, el secretario particular del señor Mairena.
- PIC. ¡Ah! ¿Esa es la viuda de Solares del Hoyo, el novelista?
- JUA. La misma
- PIC. Creo que el muchacho vale mucho y que le hace cucamonas a Merceditas, la hija de Mairena.
- JUA. No creo. Eso quisiera Gregoria, la madrastra de Mercedes, que como buena parvenú sólo sueña con títulos y con grandezas, pero él está muy poseído de su aristocracia y ella muy engreída con sus millones.
- (Grandes risas en el ante-despacho.)
- GREG. (En su grupo.) Pícara, más que pícara.
- MARQ. Conste que esto no es hablar mal.
- GREG. No, qué ha de ser. ¿Verdad, Barón?
- BARÓN. Casi nada.
- GREG. Es usted temible, Marquesa, temible.
- MARQ. Por Dios, no me dé usted esa falta.
- GREG. Temible, temible. (Entrando en el despacho.) Hay que reirse a la fuerza; esta Marquesa de Almentero tiene unas ocurrencias... ¡Oh! Don Telmo... ¡No le había visto!...
- TELMO. Acabo de llegar, Gregoria. (Presentando.) El señor Iribayen, periodista cubano... (saludos.) Desea celebrar una entrevista con su esposo de usted, pero hasta ahora no ha podido lograrlo.
- GREG. ¡Ah! ¿no? ¿Y donde está Mairena? Hace un gran rato que no le veo. Aquí viene Carranceja; él nos dirá.
- (Por el foro entra en escena AMADOR CARRANCEJA, hombre como de cincuenta años, de cara vulgar y tipo vulgarísimo. Hasta el frac parece en él una prenda plebeya.)
- CARRAN. (Con un periódico en la mano y muy contento.) ¡Gregoria, Gregoria! ¿Dónde está?
- GREG. ¿Eh? ¿Qué sucede?
- CARRAN. Un gran triunfo de su esposo. Oíganlo todos.
- TODOS. ¿Eh? ¿Qué? ¿A ver?...
- (La Marquesa y el Barón, entran en el despacho atraídos por lo que dice Carranceja.)
- CARRAN. Un gran triunfo como agricultor.
- TELMO. ¡Hola!

- CARRAN. ¡Ha obtenido en el concurso de ganados de Sevilla todos los premios!
- MARQ. ¿Todos?
- COND. ¡Qué atrocidad!
- BARÓN ¡E's mucho hombre!
- PUR. ¿Pero todos los premios, papá?
- CARRAN. Escucha; aquí lo dice. (Buscando en el periódico.) Vean ustedes... Cerdos: primer premio; don Adolfo Mairena. Lote de seis procedente de su granja modelo, sita en Zalamea y denominada; «El new england agrícola». . . ¿Eh? ¿Qué tal? (Vuelve a leer.) Caballos de toros...
- PUR. ¿Cómo de toros?...
- CARRAN. De tiro. Es de tiro; solo que el tiro no está en su sitio. Fíjate que hay un blanco.. (Vuelve a leer.) «Caballos de tiro: primer premio, Adolfo Mairena. Yeguas de vientre: primer premio, Adolfo Mairena. Lote de quince, etcétera, etc. Merinos... »
- GREG. ¿A qué seguir, amigo Carranceja? Con decir que se ha llevado todos los premios...
- CARRAN. Es verdad.
- GER. Ignoraba yo que su esposo fuera también agricultor.
- GREG. ¡Oh! Es tantas cosas...
- GER. Ya sé, ya. Y veo que el éxito va con él a todas partes.
- CARRAN. Sí, señor. Como que todo cuanto hace, cuanto emprende, lleva el sello de lo ultra moderno. Esta granja modelo, «El new-england», nombre que se debe a la feliz iniciativa de su esposa, (Por Gregoria.) es una maravilla. Higiene, confort, incubadoras para que no se molesten las gallinas, impermeables para que no se moje el ganado, en fin, dicen que a las ovejas las peinan todos los días, no le digo a ustedes más. ¡No hay otro hombre como Adolfo!
- GREG. Usted no es un buen Juez para juzgarle, amigo Carranceja. Le tiene demasiado cariño...
- CARRAN. Hemos sido como hermanos desde pequeños. El siempre demostró valer más que yo, es verdad, pero eso mismo me ha unido más a él, porque yo no le he envidiado nunca: me he limitado a seguirle... Además de que le debo favores de los que no se olvidan. Adolfo ha sido mi providencia.

- GER. Apropósito: ¿sería usted tan amable que me diese algunos detalles para ir preparando mi interviú?...
- CARRAN. Con muchísimo gusto. ¡regúnteme.
- GER. (Llevándole aparte.) El señor Mairena es farmacéutico, ¿no?
- CARRAN. Sí, señor: premio extraordinario en la licenciatura y un gran enamorado de su carrera. Eso no se puede decir en alta voz, porque su esposa... ¿eh? Pero él es farmacéutico ante todo. Claro que ahora no tiene farmacia abierta porque un hombre de su talla... pero aún la Mairenina, ese elixir estomacal que le hizo millonario, le deja anualmente más de cuarenta mil duros.
- GER. Ah, ¿pero ese específico anti-dispéptico, tan nombrado, es suyo?
- CARRAN. Sí, señor.
- GER. ¡Qué hombre, ché! Tiene una sola hija, ¿no?
- CARRAN. De su primer matrimonio.
- GER. Del segundo nada, ¿eh?
- CARRAN. Nada; es decir, pudo haber, ¿eh? Porque una vez sí... pero no... La pobre Gregoria yendo a San Sebastián, a resultas de un susto...
- GER. Comprendido: algún descarrilamiento...
- CARRAN. Sí. Iban en automóvil, pero, vamos, sí, un descarrilamiento. (Siguen hablando.)
- GREG. (Que habla con el Barón.) ¡Ah! Entonces el procedimiento es que nosotros pidamos el título a Su Majestad, ¿no?
- BARÓN Justo. Un hombre de los méritos de su esposo tiene perfecto derecho a solicitar un título nobiliario que perpetúe su ilustre apellido.
- GREG. Yo temo que el origen de su fortuna sea un obstáculo... Porque al fin y al cabo debe cuanto tiene a un vil producto farmacéutico...
- BARÓN ¡Bah! ¡Quién se acuerda de eso! A don Adolfo Mairena no se le conoce hoy por la «Mairenina», sino por sus triunfos literarios y artísticos.
- GREG. (Muy satisfecha) ¿Verdad que sí? (Siguen hablando.)
- EMILIO (Muchacho elegantísimo, por el foro.) ¡Bombal
- ¡Bombal
- TODOS ¿Eh?
- GREG ¿Qué?

- EMILIO Don Adolfo acaba de recibir un telegrama anunciándole que ha ganado el gran premio en las carreras de caballos de Santander.
(Satisfacción en todos.)
- GREG.
BARÓN ¿Es posible?
¿Ve usted, amiga mía? Todo eso le favorece grandemente...
- MARQ. Enhorabuena, Gregoria.
- JUA. Enhorabuena.
- COND. Lo mismo digo.
- GER. (A Carranceja.) ¿Pero tiene también caballos de carreras?
- CARRAN. Tiene de todo, y para él los caballos son siempre triunfos.
- GER. ¡Qué hombre, ché!
- TELMO Hay que darle la enhorabuena.
- PIC. Vamos a buscarle.
- EMILIO Hacia aquí venía. Se ha quedado hablando con Solares, su secretario. Cosas del periódico, seguramente. Como ahora se ha encargado Solares de la gerencia...
- BARÓN Aquí llega, aquí llega el triunfador...
- MAIR. (Por el foro. Ha cumplido los cincuenta años. Es elegante, simpático, despejadísimo.) Señores...
- TELMO ¡Bravo!
- MARQ. ¡Enhorabuena!
- COND. ¡Mil enhorabuenas!
- BARÓN ¡Felicidades!
- (Todos le rodean, le estrechan la mano y le dan cariñosas palmaditas.)
- GER. Acabamos de saber su nuevo triunfo.
- CARRAN. El *Espartaco*, ¿no?
- MAIR. Justo.
- CARRAN. Ya te dije que aquel cruce que ideaste te daría un gran resultado.
- JUA. Nada, amigo mío, está usted continuamente de enhorabuena.
- MAIR. La fortuna se empeña en favorecerme...
- CARRAN. ¿Cómo la fortuna? Tu inteligencia, Adolfo.
- TELMO Tiene razón Carranceja.
- MAIR. ¡Oh! Señor Académico... (Le da la mano.)
- TELMO Ha recibido usted de la Providencia las aptitudes más encontradas. Del mismo modo que hay quien no sirve para nada, hay quien sirve para todo.
- MAIR. ¡Por Dios, don Telmo!
- EMILIO Puedo dar fe por mí mismo. Yo creía ser fuerte en la espada francesa. Llevo seis años

- de practicarla todos los días. Pues el pasado domingo tuvimos un asalto, con público, en esa función benéfica que organizó la de Hinojosa, y usted lo vió, don Telmo: me tocó seis veces.
- PIC. (Admirado.) ¿A ti?
SANT. ¿Es posible?
EMILIO Sí, señores; a mí.
GER. ¡También la esgrima!
MAIR. Tu testimonio es recusable, Emilito. Eres hijo de tu padre y me quieres con exceso.
TELMO Eso no, protesto. Yo estuve y vi que el chico hizo cuanto pudo para defenderse.
MAIR. Sí, pero ..
TELMO No le hagan ustedes caso. Su modestia corre parejas con sus merecimientos. Así se decía la otra tarde en la Academia, donde su nombre sonaba mucho con motivo de la vacante recién ocurrida...
EMILIO ¿Es posible?
BARÓN ¿Va a ser elegido académico?
TELMÓ ¡Quién sabe, quién sabel...
MAIR. No hable usted de eso: sería demasiado honor para mí...
CARRAN. Tú lo mereces todo, Adolfo.
BARÓN ¡Ah! Oiga, amigo Mairena. (Hablan aparte.)
GREG. (Aparte a Carranceja.) Conviene preguntar a don Telmo...
CARRAN. Sí. (Se acerca con Gregoria a don Telmo.) Qué, amigo don Telmo, ¿va bien la elección?...
TELMO No va mal, no; pero algunos compañeros se oponen porque dicen que sus méritos son más bien artísticos, agrícolas, científicos... Si pudiera adquirir otros que fueran literarios...
CARRAN. ¡Oh! ¡Los adquirirá, qué duda cabe!
GREG. ¡Ya lo creo!
TELMO En ese caso, victoria segura. (Siguen hablando.)
JUA. (Que charla con Picazo y Ramón.) Eso que el propio Mairena nos lo diga. Don Adolfo...
MAIR. ¿Eh? ¿Qué?
JUA. Que yo preguntaba si hay algo que usted no sea.
MAIR. ¡Por Dios, amiga mía!...
COND. ¡Ah! Pues una cosa es, que ignora todo el mundo.
BARÓN ¿Es posible?
COND. Filántropo.

- GER. ¿Eh?
COND. Esta mañana visité ese asilo o refugio que ha fundado y me quedé verdaderamente admirada.
- MARQ. ¿De qué se trata?
MAIR. ¡Bahl! De nada. Eso es cosa de mi hija...
COND. Sí; es ella quien lo ha organizado; ¿pero dejará de ser usted quien lo sostiene? Se trata de una especie de escuela donde se recoge a las hijas de las cigarreras, mientras las madres están en la fábrica, y se las da de comer y se las viste y se las enseña.
- BARÓN Pero eso es una institución admirable.
MARQ. ¡Admirabilísima!
TELMO De carácter educativo y social al mismo tiempo.
- GER (Admirado.) ¡Caramba, este señor es como el pampero; lo barre tó.
- CARRAN. (A Gerardo.) ¿Ve usted cómo no le engañaba al decirle que el señor Mairena es un hombre excepcional?
- GER. ¡Ah, desde luego!
MAIR. Vamos, calla, Amador.
CARRAN. ¿Qué he de callar? ¿Quién hay que como tú sea a un mismo tiempo escritor de fuste, músico eminente, pintor ilustre, poeta excelso, matemático insigne, químico notable, agricultor modelo, abogado elocuente, filántropo, etc., etc? Eres un hombre excepcional, Adolfo: un caso de voluntad y de acierto a la vez. Llevas atada a tu carro la victoria. Si la humanidad entera quisiera elevar una estatua al genio, esa estatua tendría tus facciones y llevaría al pie, con caracteres de oro el glorioso nombre de Adolfo Mairena.
- TODOS (Aplaudiendo.) ¡Bravo! ¡Bien!
MERC. (Entrando en escena por el foro, acompañada de MILAGROS, otra muchacha joven como ella, elegante como ella y bonita como ella.) ¿Pero qué es esto? ¿Qué sucede?
- MAIR. Nada, hija mía: cosas de tu padrino, que no está bueno de la cabeza.
- MERC. ¿Eh? Eso es que su triunfo le ha embriagado, y no es para menos.
- CARRAN. ¿Mi triunfo?
TELMO. ¡Holal! ¿Usted también?...
CARRAN. No sé...

- MERC. ¿Va usted a negar que las pruebas de esa medicina de su invención contra la parálisis infantil, han dado un brillante resultado?
- CARRAN. ¡Ah!
- MAIR. (A Carranceja.) Qué, ¿por fin?...
- CARRAN. Sí, chico, sí: esos cuatro han curado también. Ha sido un verdadero asombro. Puede estar satisfecho. (Se contiene. Gregoria tuerce el gesto.)
- GER. ¿Eh? ¿Pero esa medicina ha sido también inventada por usted?
- MAIR. ¡No!
- GREG. Mairena no se ocupa ya de esos menesteres. Puede decirse que dejó de ser farmacéutico hace muchos años.
- CARRAN. Digo que puede estar satisfecho de haberme recomendado a los dos hospitales donde hasta ahora se han hecho las pruebas con un éxito extraordinario. El nuevo específico es mío, exclusivamente mío.
- TELMO. Pues reciba mi parabién, amigo Carranceja.
- GREG. Lo mismo digo, amigo mío.
- CARRAN. Gracias, muchas gracias.
- MIL. (A Mercedes.) Bueno, dile a tu padre a lo que hemos venido, que nos está esperando.
- MERC. ¡Ah! Papá, escucha: es necesario que nos auxilies.
- MAIR. ¡Holal! ¿Qué sucede?
- MERC. Verás: para arbitrar recursos extraordinarios para nuestro asilo, estamos organizando una velada teatral. ¿Te parece bien?
- MAIR. Admirablemente.
- MERC. Vamos a hacer *Amores y Amoríos*, es una obra que se presta mucho, porque como salimos de mantilla...
- MAIR. Me parece muy bien.
- MERC. Entonces di a tu secretario que se ponga a nuestras órdenes, porque queremos que él se ocupe de buscarnos teatro y que mañana hable ya *El Despertar* del asunto para ir haciendo atmósfera.
- MAIR. Muy bien: serás complacida.
- PIC. Merceditas, que yo quiero trabajar.
- MERC. ¡Oh, ya lo creo! Pero tiene usted que probar antes sus condiciones de actor.
- PIC. ¿Y eso?...
- MERC. Todo el que quiera trabajar, ha de sufrir

ahora mismo una prueba, porque la obra vamos a repartirla esta misma noche.

PIC. ¿Y en qué consiste la prueba?

MERC. En declamar algo en el salón ante todas las personas que están en él.

MIL. Ha sido ocurrencia mía.

MERC. Vengan, vengan ustedes, porque nos vamos a reír muchísimo.

MARQ. Sí, vamos.

JUA. Vamos.

COND. Las cosas que se les ocurren a estas muchachas... (Inician el mutis.)

MERC. ¿Vienes, mamá?

GREG. Sí, en seguida; tengo que hablar un instante con tu padre.

(Se van por el foro conversando animadamente todos los personajes, excepto Gregoria, Mairena y Carranceja.)

MAIR. (Algo inquieto.) ¿Qué sucede, Gregoria?

GREG. Que es indispensable que aumentes tus méritos literarios. Depende de ello tu elección de académico.

MAIR. Bueno, sí, pero...

GREG. Es absolutamente indispensable. Carranceja ha oído a don Telmo como yo.

MAIR. Ya veremos el modo...

GREG. Además, somos nosotros, es decir, eres tú, quien ha de solicitar el título nobiliario. Así me lo ha comunicado el Barón.

MAIR. Perfectamente. Es lástima que los títulos pontificios no tengan igual importancia que los nobiliarios; porque para los títulos pontificios basta tener las pesetas necesarias.

GREG. ¡Bah! No pienses en eso. O título del reino, o nada.

MAIR. Sí; si estoy conforme, y creo que hay que aprovechar el tiempo, porque temo que el mejor día... Ya ves lo que insertaba el jueves pasado ese periodicucho satírico.

CARRAN. Por eso no tienes que preocuparte, Adolfo. El autor de aquella insidia tiene cama para algún tiempo, y no creo que le queden ganas de reincidir.

MAIR. ¿Eh? ¿Pero?...

CARRAN. Sí: Emilio se batió ayer con él y le hirió gravemente.

MAIR. No sabía nada...

CARRAN. ¿Y para qué decirte?... Mientras mi hijo

- Emilio esté a tus órdenes, nadie te molestará en lo más mínimo. Esta es la quinta vez que hace callar a la maledicencia. No hay quien le aventaje en el manejo de las armas y él sabe cumplir con su obligación.
- MAIR.** No, si a mí, después de todo... Pero mi hija Mercedes esta tan creída de que yo soy... Es por ella; por ella, por quien no es posible retroceder... Además, que a mí el ser todo lo que soy, me halaga; sería estúpido el negarlo.
- CARRAN.** Pero, acaso, ¿no eres tú lo que eres?
- MAIR.** Hombre...
- CARRAN.** Lo eres, Adolfo, lo eres. Porque tú no habrás pintado el cuadro, ni habrás compuesto la sinfonía, ni habrás escrito libros ni crónicas, pero las has inspirado; y en el terreno de las ideas, la idea es el todo.
- GREG.** Claro. ¿A quien se le ocurrió la idea de pintar a Carlomagno con los doce pares, no fué a ti? Pues el cuadro es tuyo, aunque tú no hayas descendido a la materialidad de pintarlo.
- CARRAN.** ¿Puede poner nadie en duda tu genio creador? Díganlo la Mairenina y esa otra fórmula que has inventado y que librará a la infancia del fantasma de la parálisis. Porque es que la cura, Adolfo. Los médicos están asombrados, y esta misma tarde van a ocuparse del asunto en la Academia de Medicina.
- MAIR.** Ya te decía yo que tenía fe en ella.
- GREG.** Te suplico, Mairena, que no digas a nadie que ese invento es tuyo. Ya la gente va olvidando que eres boticario, y sería contraproducente en este momento...
- MAIR.** Descuida; ya sé que no me conviene. La fórmula lleva el nombre de Carranceja, y quiero que sean para él tanto la fama como el dinero que produzca.
- CARRAN.** Eso, querido Adolfo...
- MAIR.** Mi resolución es irrevocable.
- GREG.** Pero, ¿por qué te ocupas todavía de cosas de botica?
- MAIR.** Mujer, como tengo que pasarme muchas horas encerrado en mi cuarto de estudio para justificar que escribo, y que compongo, y que pinto, y yo lo que verdaderamen-

te domino es la farmacia, pues, ¡qué diantre! para no ponerme a cazar moscas, ideo fórmulas, ensayo combinaciones y trabajo en lo que sé.

CARRAN. ¡Clarol! ¡Ah! Aquí tienes ya la crónica que has de publicar en tu periódico el próximo domingo. (Le da unas cuartillas.) Toma: da las cuartillas a Solares para que las copie. Vas a tener un gran éxito.

MAIR. ¿De quién es?

CARRAN. De Antonio Martínez, el de Almería. Ya le he girado su importe. El hombre está encantado. Figúrate, cobrar cien pesetas por cada artículo.

GREG. ¿Cien pesetas?

CARRAN. Sí: hay que pagarle bien. Nos conviene. El firma los artículos con sus iniciales: A. M.: Antonio Martínez, y en Almería puede que crean que los trabajos son suyos, pero aquí, todo el que lee A. M., lee Adolfo Mairena.

GREG. Ya.

CARRAN. (Muy satisfecho.) Idea mía.

MAIR. ¡Qué bueno eres, Amador!

CARRAN. Esa crónica es muy divertida. Trata de la psicología de los números.

MAIR. ¡Caramba!

CARRAN. Sí: dice que cada número tiene un temperamento, una manera de ser distinta. Que el uno, es un número elegante muy estirado, algo irreflexivo y muy orgulloso de ser el primero. Que el dos, no es el dos, sino un nueve que se ha puesto de rodillas, porque con el peso de la cabeza se caía; que es lo que le ha ocurrido al seis, que no es más que un nueve que ya se ha caído. Ya verás, ya verás; vas a tener un gran éxito.

GREG. Oiga usted, Amador: ¿y qué haríamos para que adquiriera nuevos méritos literarios?...

CARRAN. ¡Porque eso de ser académico es tan bonito! Ya me ocuparé yo de eso. Casualmente... Sí; yo lo arreglaré satisfactoriamente. Dejadlo a mi cuidado.

MAIR. ¡Cuántos favores tengo que agradecerle!

CARRAN. ¿Y yo a ti no? ¿Acaso mi bienestar no es a ti a quien lo debo?

MAIR. ¡Bah! No hablemos de eso.

CARRAN. Sí, Adolfo, sí. Has sido siempre mi paño de lágrimas. Te debo cuanto soy, y poco he

de poder o he de conseguir que logres lo que anhelas. Serás académico y serás conde y tendrás una estatua en Morón, tu pueblo natal, una plaza en Zalamea y una calle en Madrid.

MAIR. Con el condado me conformaría, para ver a Gregoria contenta.

CARRAN. Mira, aquí se acerca tu secretario; dale las cuartillas.

MAIR. No, que viene con mi hija y no quiero que ella sospeche...

RAFAEL. (Por el foro, con MERCEDES.) Voy a tomar nota ahora mismo. (A los demás.) Con el permiso de ustedes. (Se sienta ante la mesa y escribe.)

GREG. Qué, ¿has dicho ya a Solares?...

MERC. Sí, pero no crean ustedes; el reparto de la obra es mucho más difícil de lo que pensábamos. Casi no hay actores: la prueba está dando malísimos resultados. Que diga a ustedes Solares: es una risa. Se avergüenzan casi todos hasta de leer en público.

CARRAN. A lo mejor es que no saben.

MERC. Nada, que resulta ahora que tienen todos mucha más vergüenza de la que creíamos. Porque, ¡miren ustedes que cortarse Pepito López!...

CARRAN. ¿Es posible? Pero si ese embota las navajas.

MERC. ¿Pues y Octavio Bernáldez?

CARRAN. ¿Quién?

MERC. El hijo del Barón de Riqué.

GREG. Ese, tal vez por estar tú delante...

MERC. ¡Bah!

CARRAN. Bueno, voy a ocuparme de... eso.

GREG. Nosotros vamos también para allá. Nos estarán echando de menos...

MERC. Díganle a Milagros, que por Dios no le vayan a dar papel a Paco Mendizábal, porque padece de ataques nerviosos y una vez haciendo de Centella en el *Tenorio*, le entró uno de esos ataques cuando estaba cenando con Don Juan, y les dió la cena. (Se van riendo por el foro Gregoria, Mairena y Carranceja.)

RAFAEL. (Dejando de escribir.) Ya está: mañana mismo vendrá en *El Despertar* el suelto, y se insistirá todos los días sobre el asunto.

MERC. Mis pobrecitas asiladas se lo agradecerán muchísimo.

- RAFAEL No merece gratitud el cumplimiento del deber. Soy un... dependiente de esta casa.
- MERC. ¿Juzga usted que sería demasiado honor para ella que fuese su amigo?
- RAFAEL El humorismo es libre.
- MERC. Hablo seriamente. El señor Conde de Vanderloc y Marqués de Añora, pertenece a la más rancia nobleza y busca sus amistades en otras esferas que en las de los plebeyos enriquecidos.
- RAFAEL Los títulos que ha dicho usted no figuran en la Guía.
- MERC. Porque quien tiene derecho a ellos no ha querido sacarlos.
- RAFAEL O no ha podido. Y sería muy necio, teniendo vanidades, quien no puede pagarse ni la satisfacción de llevar el nombre que llevaron sus ascendientes.
- MERC. Usted desprecia la riqueza. Así lo ha dicho por lo menos.
- RAFAEL ¿Yo?
- MERC. Haga usted memoria. La otra tarde en casa de las de Villadiaz, ¿no dijo que su nombre era demasiado ilustre para que cualquiera ambiciosa se figurase que podía comprarlo?
- RAFAEL ¿Y usted ha creído que era una alusión?...
- MERC. Todo el mundo lo creyó así.
- RAFAEL Pues todo el mundo me ha calumniado. Es cierto que dije esa frase, contestando a una broma que me daban; pero lo hice pensando en mí solamente, se lo juro; en que alguien me creyese capaz de venderme. Tengo de usted, a pesar del desdén con que me trata, una opinión demasiado elevada para sospechar que quiera comprar a nadie, y menos a mí.
- MERC. No le falta ingenio para defenderse, no.
- RAFAEL Mayor ingenio demuestra quien acusa para no ser acusado.
- MERC. ¿Yo tal vez?...
- RAFAEL No fué en casa de Villadiaz, sino aquí mismo, donde dijo usted ayer que había hombres enfatuados con su nobleza que se figuraban tener con ella la llave de todos los corazones; y aunque no creo haber incurrido nunca en el pecado de la fatuidad, ni menos en el de aspirar a... ciertas venturas, muchos pensaron que era por mí por quien lo decía.

- MERC. Usted había dicho antes lo otro.
- RAFAEL Para que sea lícito vengar un agravio, hay que tener la certeza de haberlo recibido.
- MERC. ¿Y acaso yo no tengo la de que usted no me estima?
- RAFAEL ¿Eh?
- MERC. Hablemos francamente, señor... Marqués.
- RAFAEL (Secamente.) Vuelvo a decirle que no es ese mi nombre. Me llamo Rafael Solares... y nada más.
- MERC. Pues hablemos francamente, señor Solares. No me negará usted que yo le acogí cuando entró en esta casa, con simpatía y confianza.
- RAFAEL Ni usted me negará tampoco que yo procuré hacer cuanto pude por inspirarlas. Puesto que tenía que vivir a su lado, al entrar al servicio de su padre, era lógico que procurase granjearme el aprecio de usted hasta donde la dignidad me lo consintiera.
- MERC. ¡La dignidad! Ya pareció aquello... Claro, como está usted tan.. alto.
- RAFAEL ¿Alto quien tiene que ganarse la vida en una ocupación subalterna? Yo no soy rico... como otras personas.
- MERC. ¿Ve usted? Ya me está dando la prueba de lo mal que me juzga, creyéndome capaz de envanecerme porque mi padre tenga más o menos fortuna.
- RAFAEL Antes me la dió usted a mí imaginándose que me ufano de méritos contraídos por mis antepasados.
- MERC. Está visto que no nos entendemos.
- RAFAEL Lo mismo me parece.
- MERC. La dignidad, cuando se exagera, se llama orgullo y petulancia.
- RAFAEL (Cada vez más secamente.) Del mismo modo que acusar a los demás de nuestras propias faltas, se llama... recurso gastado.
- MERC. (Picadísima.) Si vamos a cambiar el nombre de todas las cosas, también el culpar duramente a una mujer puede llamarse olvido de la galantería.
- RAFAEL (Conteniéndose.) Acepto la lección. Perdóneme, señorita.
- MERC. Perdonado, señor Marqués.
- RAFAEL Le repito que no me llamo así.
- MERC. Tampoco yo me llamo señorita; me llamo Mercedes. (Saluda con una leve inclinación de ca-

beza y hace mutis por la puerta de la izquierda, al mismo tiempo que entran en escena por el foro, CARRANCEJA y EMILIO.)

CARRAN. Mira, aquí tienes a Solares: exponle el caso y a ver en qué condiciones, ¿eh?

EMILIO Perfectamente.

CARRAN. Pon cuidado en lo que dices, ¿eh? Rafael es muy susceptible.

EMILIO Descuida, padre; haré la gestión diplomáticamente.

CARRAN. Hasta luego. (Vase por el foro izquierda.)

EMILIO (Entrando en el despacho.) Caramba, hombre, gracias a Dios que te encuentro.

RAFAEL ¡Hola!

EMILIO Hace un rato que te busco por ahí.

RAFAEL ¿Qué pasa?

EMILIO Nada, que deseo hablar contigo de un asunto.

RAFAEL Tú dirás.

EMILIO Escucha, ¿es cierto que conservas una novela inédita de tu padre?

RAFAEL Sí; es cierto. «El Dilema de Felisa», la que él creyó siempre que sería su obra maestra y que dejó inacabada.

EMILIO ¡Ah! ¿Pero está sin terminar?

RAFAEL Yo he tenido la osadía de terminarla, sabe Dios cómo.

EMILIO Bien, con seguridad.

RAFAEL Muy amable.

EMILIO ¿Y por qué no has publicado esa obra?

RAFAEL Por lo que te digo precisamente; porque en realidad ya no es de mi padre, desde el momento que tiene cinco capítulos míos, ni es mía tampoco habiendo sido concebida y aun escrita en su mayor parte por mi padre. No quiero que le achaquen a él defectos míos, ni debo aceptar para mí glorias suyas.

EMILIO ¿De modo que no has publicado la obra por no saber quién debía firmarla?

RAFAEL Justamente.

EMILIO Pues mira qué casualidad: yo vengo a sacarte de esa duda. ¿Sabes quién ha escrito esa novela? Don Adolfo Mairena.

RAFAEL ¿Eh?

EMILIO Mañana, si quieres, puede empezar a publicarse como suya, en el folletín de *El Despertar*.

- RAFAEL Pero...
- EMILIO Mira, necesita para entrar en la Academia, aumentar sus meritos literarios. Tú puedes hacerle el más inmenso de los favores por... por lo que sea, ¿eh? Porque está dispuesto a recompensarte espléndidamente.
- RAFAEL Eso no. Lo único que podría disculpar un contrato que no me parece muy lícito, sería que no me ofreciera el menor lucro. Por otra parte, don Adolfo me da un sueldo muy superior a lo que merece mi trabajo en esta casa, y no estaría bien que yo abusase de una generosidad que ya me tiene demostrada...
- EMILIO En ese caso, asunto resuelto, ¿verdad?
- RAFAEL Claro: cómo voy yo a negarme...
- EMILIO No sabes cuánto te lo agradezco, porque yo fiado en nuestra gran amistad le hice concebir ciertas esperanzas de éxito, y tu negativa me hubiera dejado en el más espantoso de los ridículos.
- RAFAEL Créeme, que no comprendo la pueril vanidad de don Adolfo. Un hombre de talento y de corazón como él.
- EMILIO Todos tenemos nuestros defectos. Además, el persigue un fin, como sabes, y...
- RAFAEL ¿Te has enterado de eso de los premios de Sevilla?
- EMILIO ¡Cómo! ¿Pero tampoco eso?...
- RAFAEL ¡Quíá! Nada de lo que le han premiado se ha criado en su granja modelo. Los cerdos los compré yo en Huesca hace quince días, y los merinos en Burgos, y los caballos en Jerez
- EMILIO Hay para reirse. Pues ahora, y no se lo digas a nadie, está en tratos con un amigo mío, para presentar, como ideado por él, un nuevo modelo de mochilas para el Ejército. Cree que el inventar una mochila le facilitará el camino del título.
- RAFAEL Calla, que ahí viene con tu padre.
- EMILIO Le comunicaré la grata nueva.
- RAFAEL Te dejo para que lo hagas con más libertad.
- EMILIO Y la más impenetrable reserva, ¿eh?
- RAFAEL ¡Hombrel..
- EMILIO Sobre todo con su hija. Ya sabes que eso es su obsesión
- RAFAEL Descuida. Hasta luego.

- EMILIO Adiós y a ver como anuncias la aparición de la novela.
- RAFAEL Empezaré por anunciarle, ahora mismo.
(Vase por izquierda primer término. Por el foro entran en escena MAIRENA y CARRANCEJA.)
- CARRAN. (A Emilio.) ¿Qué?
- EMILIO Todo a pedir de boca.
- MAIR. ¿Eh?
- CARRAN. ¿Arreglado?
- EMILIO Sí: la novela aparecerá mañana en el folletín.
- CARRAN. ¡Bravo!
- MAIR. Bien, Emilito, bien.
- EMILIO Diez mil pesetas pide por ella.
- CARRAN. ¡Caramba! ¡Es carísimo!
- MAIR. ¡Bah! Si es bonita...
- CARRAN. De todas maneras. Un muchacho que come el pan de esta casa ..
- EMILIO Creo que tiene un apurillo; unas alhajas de su madre que vencen ahora.. Al pobre se le saltaron las lágrimas y... Vamos, me ha conmovido a mí también. Desea recibir el dinero por mi conducto porque le da rubor tratar con ustedes de ese asunto... Es digno; no puede negarse, que es digno.
- CARRAN. Pues a mí me parece una incorrección...
- MAIR. Déjate de pequeñeces. Lo principal es que soy novelista. (A Emilio.) Mañana te daré las diez mil pesetas. (A Carranceja.) Anda, comunica la grata nueva a Gregoria y a ver cómo lanzas la especie...
- CARRAN. Lo diré en secreto a dos o tres para que se propale rápidamente. (Mirando hacia el foro.)
¿Eh? ¿Qué pasa?
- MARQ. (En el ante-despacho.) Está aquí, está aquí.
(Entran en escena tras la MARQUESA, todos los personajes que hasta ahora son conocidos. Ultimamente la CONDESA del brazo de RAFAEL.)
- GREG. (A Mairena.) Ya supondrás para lo que te buscamos.
- MAIR. ¿Eh?
- GREG. Rafael acaba de darnos la noticia y venimos a saber si realmente es cierto o se trata de una broma de tu secretario.
- MAIR. ¿Pero?..
- RAFAEL Perdóne usted, don Adolfo, si he sido indiscreto, pero como mañana ha de anunciar el periódico la próxima publicación de..

- MAIR. ¡Ah! Sí...
- JUA. Luego es un hecho.
- MAIR. ¡Claro!
- GER. También novelista.
- PUR. Y lo tenía tan callado.
- ISID. ¡Es mucho hombre!
- MARQ. No hay otro en el mundo.
- TELMO (A Mairena.) ¿Y es novela erótica o bucólica?...
- MAIR. (Sin saber que contestar.) ¡Pchs!
- BARÓN Algo moderno, desde luego, ¿no?
- MAIR. (Como antes.) ¡Pchs!
- MARQ. ¿Hay amores... ¿eh?
- MAIR. Hay de todo, Marquesa.
- CARRAN. Está visto, no le arrancaremos una sola palabra.
- GREG. Rafael será más comunicativo, ¿verdad?
- RAFAEL Yo no estoy autorizado...
- MAIR. Sí, hombre, diga: diga lo que guste. Tengo una gran curiosidad...
- GER. ¿Eh?
- MAIR. En ver el efecto que produce...
- GREG. Cuente, cuente, Rafael.
- RAFAEL Pues se trata de una novela romántica; llena de poesía y de emoción. El protagonista es un Duquesito a quien su padre deja en la más completa miseria y como el pobre muchacho tiene que alimentar a su madre y no sabe hacer otra cosa que guiar automóviles, oculta su nombre y entra de chauffer en el castillo de Ubrique, propiedad de unos «parvenús».
- MARQ. Muy interesante.
- JUA. Interesantísimo.
- BARÓN Claro que la señorita del castillo descubrirá el secreto del chauffer...
- TELMO Y acabará casándose con él.
- RAFAEL No, no señor; el Duque no se vende. (Con marcada intención.)
- MERC. Pero seguramente será cortés y galante con ella. No olvidará nunca que vive gracias a los «parvenús».
- RAFAEL Gracias a su trabajo.
- MERC. ¡Oh! (Ríe. Rafael se imuta.) Entonces, ¿cómo acaba la novela?
- RAFAEL Aún no me ha dado su padre de usted los últimos capítulos para que los copie, señorita.
- COND (Aparte a Rafael.) ¿Sabes que esa novela?...

- RAFAEL** (Bajo a la Condesa.) Calle usted, madre: se lo suplico.
(En este momento entran en escena por el foro DOURAND y MARTÍN. Ambos de americana y con ceíro aspecto de artistas.)
- DOUR.** Bon soir. (Este Dourand es francés.)
MARTÍN Muy buenas noches.
GREG. ¿Eh?
MERC. (Extrañada.) (¿Quién?...)
MAIR. (Aterrado.) ¡Dios mío!
CARRAN. (Aparte a Mairena.) ¿Quiénes son?
MAIR. (Apuradísimo.) Dourand, el que pintó el cuadro que me premiaron... y el que medió...
CARRAN. ¡Atíza!
MAIR. Es ya la tercera vez que me saquean amenazándome con el escándalo.
CARRAN. Espera, hablaré con Emilio... (Se separa de Mairena y habla con Emilio.)
MARTÍN (Acercándose a Mairena.) Aquí nos trae ese pequeño negocio.
GREG. ¿Estorbamos, Adolfo?
MARTÍN No señora: al contrario. No son más que dos palabras... Pasa, Dourand...
MAIR. (Bajo a Martín.) ¡Pronto! ¿Qué desea usted?
MARTÍN Yo, nada. Dourand que ha tomado un ajeno más, necesita dinero y viene a charlar con usted de la historia de Francia.
MAIR. Esto es un chantage, señor Martín.
MARTÍN ¡Bah! Y lo que usted hace firmando lo que no es suyo, ¿qué es?
MAIR. ¡Silencio!
EMILIO (Acercándose a Mairena.) No se preocupe, don Adolfo. Estos... mozos y yo nos conocemos de antiguo. (Toma del brazo a Martín y se acerca con él a Dourand, que estará en el centro de la escena en postura gallarda.)
MARTÍN (Un poco azarado.) ¿Pero usted aquí, amigo Caranseja? (A Dourand.) Mira qué encuentro tan agradable...
EMILIO (En voz baja a los dos.) Yo estoy aquí para espantar las moscas y para hacer callar al que desee levantar un poco la voz. Si vuelven ustedes a poner los piés en esta casa o pretenden molestar al señor Mairena de cualquier modo, hago con ustedes lo que hice ayer con Pepe Lasarte y hace dos meses con Ernesto Quiroga.
DOUR. ¡Mon Dieu!... ¡Cher Caranseja!

- MARTÍN Claro, hombre, no tenía usted que haber apelado a la amenaza. Con habernos dicho que el señor Mairena era cosa de usted, bastaba.
- EMILIO Háganme el favor de marcharse ahora mismo.
- MARTÍN Ya lo creo. (A Dourand.) ¿Vamos?
- DOUR. Allons...
- MARTÍN Muy buenas noches.
- DOUR. Bon soir... (Se van por el foro.)
- GREG. ¡Qué pintas!
- MERC. ¡Qué fachas!
- MARQ. Dos artistas, ¿no?
- EMILIO Sí. (Ríe.) Venían con la pretensión de que don Adolfo les diera lecciones de pintura. (Se acerca a Mairena que habla con Carranceja. A Carranceja.) Vea usted, padre, no se lleven algo...:
- CARRAN. Sí. Tienes razón. (Se va precipitadamente por el foro.)
- MAIR. ¿Qué?
- EMILIO Arreglado. Quinientas pesetas, que serán las últimas y no volverán a molestarle porque ya les he dicho que... (Acción de pinchar.)
- MAIR. Gracias, Emilito: un nuevo favor que tengo que agradecerte. No sé cómo pagarte tanto esto como lo de la novela y lo de aquellos botonazos que te dejaste dar...
- EMILIO ¡Bah! ¿Quién se acuerda de eso? ..
- MAIR. Eres un amigo de verdad. No te parecen a los que me explotan...
- EMILIO ¿Explotarle yo? Jamás le cuento mis apuros. Y eso, que en este mismo momento...
- MAIR. ¿Eh? ¿Necesitas algo?
- EMILIO No. nada .. Es decir, sí: un compromiso ineludible... Mil pesetas...
- MAIR. ¿Y no me lo decías?
- EMILIO Me causa tanto rubor...
- MAIR. Ahora te daré las diez mil de Solares, las quinientas de Dourand y mil quinientas para tí. (Se separa de él, se sienta ante la mesa y escribe.)
- EMILIO (¡Vaya una nohecita!—Estamos a veinticuatro de Abril, pero esta noche para mí es Nochebuena.)
- MARQ. (En el grupo que forman todos los demás personajes.) Nada, que se lea, que se lea.
- TODOS Sí; que se lea.
- MAIR. (Dejando de escribir.) ¿Eh? ¿Qué es?

MARQ. Que don Telmo ha repentizado unos versos con motivo de los triunfos de usted en Sevilla. .

MARI. ¡Oh! (Dándole el cheque a Emilio.) Toma.

EMILIO Gracias. (Se lo guarda.)

MARI. Veamos esa poesía, amigo don Telmo.

TELMO ¡Bah! No es nada...

EMILIO A ver, a ver; que se oiga.

CARRAN. (Por el foro Viene apuradísimo. A Emilio.) Esos dos sinvergüenzas se han llevado mi abrigo y el de don Telmo.

EMILIO ¡Atiza!

CARRAN. Figúrate; con el vientecito que hace...

BARÓN ¡Silencio!

TELMO (Leyendo.)

Es tu triunfo tan grande
amigo mío,
que estoy sintiendo en este instante
frío...

CARRAN. Pues ya verás a la salida. (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración. Es de día

(Al levantarse el telón, MAIRENA, en traje de mañana y sentado ante su mesa, despacha con SOLARES, su secretario.)

MAIR. ¿Qué es esto?

RAFAEL Un oficio de la Junta de Damas Nobles agradeciendo el donativo que envió usted para el sostenimiento de las escuelas católicas del Buen Pastor.

MAIR. ¡Ah! Sí. Ya recuerdo.

RAFAEL (Presentándole otro plieguecillo.) Esta es una carta del Presidente del Centro Republicano de Chamberí, dando las gracias por el objeto de arte que envió usted para la tómbola a beneficio de las escuelas laicas de aquel distrito.

MAIR. Sí: no tuve más remedio... Hay que vivir con todo el mundo.

RAFAEL (Presentándole varias cartas.) Estas son diversas peticiones...

MAIR. Lo de siempre.

RAFAEL Esa primera es de la unión de Monos-Sabios de Madrid; creo que se han sindicado y piden algún libro para la biblioteca que acaban de fundar en su domicilio social.

MAIR. Es muy plausible la petición. Desean justificar su sobrenombre de sabios. Está bien.

RAFAEL ¿Que le mandamos?

MAIR. Envíele ese libro de Carlos Darwin, sobre

los orígenes de la especie humana. La teoría de que el hombre desciende del mono, puede que les halague.

RAFAEL Perfectamente. (Toma nota.)

MAIR. A estos otros peticionarios, procure también complacerles, dentro de lo que sea posible. (Fijándose en una cuartilla.) ¿Qué es esto?

RAFAEL ¡Ah! Sí. Es una nota de la Administración del periódico. Desde que se publica la novela han aumentado las suscripciones en más de una tercera parte.

MAIR. ¡Como que estoy teniendo un gran éxito!... Me siento verdaderamente orgulloso. Y es que la novela tiene un asunto tan interesante, ¿verdad?

RAFAEL (Sin saber qué decir.) Sí...

MAIR. (Cayendo de su burro.) ¿Pero a quién se lo voy a decir? Perdona usted: estaba distraído... La costumbre de... ¡Ah, a propósito! ¿Ha enviado usted las cuartillas para el folletín de mañana?

RAFAEL Aún está en borrador. Ahora las copiaré y las enviaré.

MAIR. Perfectamente. El folletín de hoy ha quedado en un momento de verdadera emoción. Lo ha hecho usted a propósito, ¿no?

RAFAEL Sí, señor.

MAIR. (Cogiendo un número de «El Despertar» que habrá sobre la mesa y leyendo.) «Felisa, enloquecida de dolor, salió del castillo y se dirigió a lo más abrupto del monte. Abstraída en sus pensamientos equivocó el sendero y en vez de seguir el estrecho carril que conducía a la cabaña de Donato, tomó la estrecha vereda que rodeaba el tajo del torrente. De pronto sintió que la tierra faltaba bajo sus pies, dió un grito y cayó al tajo quedando suspendida sobre el abismo, pendiente de unas zarzas espinosas. . Se continuará». ¡Interesantísimo!... Oiga usted, ¿y cómo continúa? ¿Se mata por fin?

RAFAEL Pues...

GREG. (Entrando en escena por la izquierda.) Hola. Buenas tardes, Rafael.

RAFAEL Buenas tardes, señora.

GREG. (A Mairena.) ¿Puedo hablar contigo un momento?

MAIR. ¿Cómo no?

- RAFAEL. Voy entretanto a buscar en la biblioteca ese libro de Darwin.
- MAIR. Perfectamente. (Vase Rafael por la puerta de la derecha.) ¿Qué hay? ¿Qué sucede? ¿Ocurre algo?
- GREG. Y algo muy interesante.
- MAIR. ¡Hola! Cuenta, cuenta.
- GREG. Vengo de comer en casa de los Ibarren, como te dije.
- MAIR. Sí. ¿Y qué? ¿Quién había?
- GREG. Estaban las de Padilla, el general... ¿cómo se llama?...
- MAIR. ¿Pereda?
- GREG. No, hombre; ese que va siempre a todas partes con alguna tobillera y luego dice que son sobrinitas.
- MAIR. Hay tantos de esos en el generalato...
- GREG. Por Dios, Adolfo, si es amigo tuyo. Ese que la primera vez que se puso la dentadura postiza se fué al estreno de una obra cómica para lucirla.
- MAIR. ¡Ah! Sí: Riocano, el general Riocano.
- GREG. Justo. Riocano; el conde de Galdí y el barón de Riqué.
- MAIR. ¡Ah! ¿Estaba también el Barón?
- GREG. Sí, y he hablado largamente con él.
- MAIR. Cuenta, dime.
- GREG. Verás. Me ha dicho que tu instancia solicitando el condado de Mairena, no... vamos, no ha producido todo el efecto que esperábamos.
- MAIR. ¿No? ¿Pues qué hay que ser en España para que le den a uno un título nobiliario?
- GREG. Eso mismo le dije yo, y él me dió a entender que te faltaba algo importantísimo, acaso lo principal.
- MAIR. ¿Eh?
- GREG. Emparentar con alguna persona de la nobleza.
- MAIR. ¡Ah, vamos! Insiste en su deseo de casar a su hijo con Mercedes, ¿no?
- GREG. Y de tal modo, que esta tarde va a venir a verte con el achaque de no sé qué negocio, para pulsar tu opinión con respecto a esa boda.
- MAIR. Pues, chica, no sé...
- GREG. Como comprenderás, yo le dije que por mi parte acogía sus proyectos con la más viva

complacencia, pero que Mercedes no era hija mía y por lo tanto debía limitarme a ver los toros desde el palco.

MAIR. Entonces, a ti te parece...

GREG. Hombre, yo no sé qué decirte; pero es lógico suponer que una vez que el Barón fuera tu consuegro, influiría cerca de la Junta en pró de tu pretensión sin que a nadie le extrañase... No olvides que en Palacio es siempre atendido su consejo.

MAIR. Sí; desde luego.

GREG. Además, me indicó, veladamente, por supuesto, que alguien sospechaba que muchos de los méritos que tú hacías constar en tu escrito, no ..

MAIR. ¿Eh?

GREG. Vamos, que no eran exclusivamente tuyos. Que había ocultas colaboraciones...

MAIR. ¿Ves? ¿Estás viendo? No faltan nunca calumniadores que propalen especies injuriosas... Y ahora, con el éxito que está obteniendo la novela, más, mucho más. ¡Colaboradores ocultos!... ¿Acaso no sucede lo mismo en todos los órdenes de la vida? ¿Redacta acaso el Ministro la ley que presenta al Parlamento y que luego hasta lleva el nombre suyo? ¡Bah! La envidia es el pecado nacional

GREG. De todas suertes, yo creo que tú debes pensar...

MAIR. No, si yo en principios... Y si Mercedes no tiene inconveniente...

GREG. ¡Qué ha de tener!... Hace un instante he hablado con ella de este asunto y me ha escuchado con la mayor indiferencia. Qué más le da a ella uno que otro, puesto que no está interesada por nadie...

MAIR. Sí, sí, pero yo he de informarme... Porque algo he oído yo decir de ese hijo del Barón y...

GREG. ¡Bah!

MAIR. Solares puede darme informes. Creo que estudiaron juntos en Deusto y son muy amigos.

GREG. ¡Qué lástima! Ayer estuve en el tiro de pichón con las de Cazorla que son íntimas del Barón y pude haberlas preguntado...

MAIR. ¡Ah! ¿Estuviste ayer en el Tiro?

- GREG. Sí.
- MAIR. No me dijiste nada...
- GREG. Hombre, te pones de un humor cuando se te habla del Tiro de pichón. Te advierto que me preguntaron muchas personas que cuándo irías por allí.
- MAIR. Nunca.
- GREG. ¿Eh?
- MAIR. Mira, no lo puedo remediar: me molesta el Tiro de pichón. Me parece una cosa perversa.
- GREG. ¡Por Dios!
- MAIR. Perversa, sí, perversa. Siempre es poco airoso la postura del caballero que acecha oculto para matar a traición a un pájaro. Pero, en el campo, qué diantre; los pájaros pueden defenderse: que vuelen alto y no sean tontos. Ahora, lo del Tiro de pichón es inicuo. Eso de ponerse a veinte pasos y estirar los codos y echarse la escopeta a la cara y apuntar y decir: «Ahora; que me lo suelten ahora, que lo mondo»... Hombre no hay derecho.
- GREG. Pues hijo, es muy elegante.
- MAIR. Lo será, pero yo no vuelvo (Rumores de voces dentro.) ¿Eh? ¿Quién? ¡Ah! Es Isidora, la mujer de Carranceja.
- GREG. ¡Oh!... (Les sale al encuentro.)
- ISID. (Con Purita, por el foro.) ¿Molestamos?
- GREG. ¡Por Dios, amiga mía! (Saludos.)
- ISID. ¿Qué tal, don Adolfo!
- MAIR. Muy bien, Isidora, muchas gracias. Que sea enhorabuena, Purita. Ya sé que eres veterinaria.
- PUR. Desde hace seis días.
- GREG. Ya he visto tu retrato en el *Nuevo Mundo*. Claro, la primera señorita veterinaria.. Estás muy bien.
- PUR. Es un retrato vulgarísimo. A mí me hubiera gustado retratarme en la Moncloa rodeada de ovejas o acariciando a uno de esos toros sin cuernos que se destinan al mejoramiento de la raza, pero nada, el reporter no lo estimó pertinente y tuve que retratarme en casa acariciando a la gata. Vulgarísimo.
- ISID. A quien hay que dar también la enhorabuena es a don Adolfo. ¡Qué triunfo!
- PUR. Es verdad, don Adolfo: mi más cordial.

- Su novela tiene conmocionado a todo el mundo.
- MAIR. ¡Bah!
- PUR. No se habla de otra cosa en todas partes. Todo el mundo se pregunta: ¿Qué hará Donato? ¿Se casará al fin con Felisa o dará crédito a las calumnias de Héctor?
- ISID. Y como en el folletín de hoy ha dejado usted a Felisa en el aire...
- MAIR. Sí.
- PUR. ¿Qué, don Adolfo; se mata o no se mata?
- MAIR. Pues todavía no sé... Vamos, no... Porque claro, es una lástima que la pobre... En fin, mañana lo verán ustedes.
- ISID. Bueno, pero Felisa por fin, ¿es hija de Berta, o es la niña que nació la noche del naufragio?
- MAIR. Ya veremos, ya veremos.
- MAN. (Doncella, por el foro.) ¿Señor?...
- MAIR. ¿Qué?
- MAN. Pregunta por teléfono la señora Duquesa de San Juan, si Felisa cae por fin al fondo del abismo o se salva.
- MAIR. ¿Pero?...
- MAN. Dice que está intrigadísima y que no puede esperar hasta mañana.
- MAIR. Pues, dígale usted que... (Espectación en todos. Mairena no sabiendo que decir, se rasca.)
- PUR. Verán ustedes cómo no se mata.
- ISID. La salva Donato.
- MAN. ¡Quiá! La salva Víctor, el mayordomo, que para mí que es su padre.
- GREG. (Severa.) ¡Manolita!
- MAN. Perdone la señora.
- MAIR. Bien, pues dígale... que no me ha encontrado. (Vase Manolita.) Estoy decidido a no adelantiar una sola palabra. Hablemos de otra cosa. (A Isidora.) ¿Y Amador?
- ISID. No sé; creí que estaría aquí. ¿No saben ustedes la novedad? Me dijo que iba a venir a comunicársela...
- MAIR. Sí, sí; ya sé que la Academia de Medicina, ha dictaminado que la fórmula contra la parálisis es un remedio eficaz y que van a pedir la protección del Gobierno para la elaboración y difusión del específico.
- ISID. Sí, señor. El pobre Amador está loco de alegría. Gracias a usted...

- MAIR. ¡Por Dios, Isidora!...
- ISID. Sí, sí: estamos en el secreto; gracias a usted, único autor de esa fórmula, mi marido va a conseguir un poco de nombre y acaso una fortuna. ¡Gracias, don Adolfo!
- MAIR. Carranceja lo merece todo. Y no vuelva a repetir eso que ha dicho porque... yo no sé nada de ese descubrimiento que me atribuye.
- ISID. ¡Don Adolfo!...
- GREG. Siga usted el consejo de Mairena, Isidora.
- ISID. Pero entre nosotros...
- GREG. Ni entre nosotras. ¿Para qué? Esa será la mejor manera de agradecer el favor.
- ISID. Siendo así ..
- MAIR. ¡Ah! Isidora. Acaso usted sepa...
- ISID. ¿Eh?
- MAIR. ¿Usted conoce a Octavio Bernáldez, el hijo del Barón de Riqué?
- ISID. Sí, vamos; le conozco de verle aquí... ¿Es ese muchacho rubio, muy guapito?...
- GREG. Sí; el mismo.
- ISID. Pues...
- MAIR. Pero, ¿no tiene usted ninguna noticia de su conducta?..
- ISID. No... (A Purita.) ¿Tú sabes?..
- PUR. No; yo no... Que ha estado seis años en Londres, no sé por qué.
- MAIR. ¡Eso! (A Gregoria.) ¿Te convences? Yo he oído algo...
- GREG. ¡Bah! Alguna chiquillada...
- PUR. Yo, lo que sé de él, lo sé por Mercedes.
- MERC. (Que ha entrado en escena por la izquierda.) ¿Qué se dice de mí?
- ISID. ¡Oh! Merceditas... (La besa.)
- PUR. ¿Qué tal?
- MERC. (Besándola.) Muy bien. Que sea enhorabuena, mujer.
- PUR. Muchas gracias.
- MERC. ¿Y por qué sonaba mi nombre?
- MAIR. Nada; que hablábamos de Octavio Bernáldez.
- MERC. ¡Ah! Sí. Ya mamá me ha dicho...
- MAIR. ¿Y qué?
- MERC. (Indiferente.) ¡Pchs!
- MAIR. ¿Tú sabes algo de ese muchacho?...
- MERC. Nada; he hablado con él tres veces... figúrate.

- MAIR. Y a ti... ¿qué te parece?
MERC. ¡Pchs! Lo encuentro... no sé; demasiado fino. Un poquito empalagoso. Una manera de ser muy... (Hace un gracioso mohín.)
- ISID. Sí; tiene razón Mercedes: es muy... (Hace otro mohín.)
- PUR. Sí: muy... (Idem.)
- GREG. Bueno, pero muy... ¿qué?
MERC. No sé; muy... especial, llamémoslo así.
MAIR. (Viendo a Rafael que entra en escena por la derecha con un libro en la mano.) Ahora Rafael nos dirá...
- RAFAEL Es este el libro que usted dice, ¿no?
MAIR. Sí: ese.
RAFAEL Muy buenas tardes. (Contestau Isidora y Purita.)
GREG. Aquí estábamos hablando de un gran amigo de usted; de Octavio Bernáldez.
- RAFAEL ¡Pchs! ¿Amigos?... Somos parientes: su madre y la mía son primas segundas, pero amigos...
- GREG. No sabía yo de ese parentesco; me extraña...
MERC. (Con reticencia.) ¡Por Dios mamá! La familia del Barón es toda ella de la más rancia nobleza, ¿cómo puede extrañarte que esté emparentada con otra igualmente noble?... (Rafael la mira, se contiene y simula arreglar unos papeles de la mesa.)
- MAIR. Y usted, a Octavio, ¿no le trata?..
RAFAEL Muy superficialmente.
MAIR. ¿No estudiaron ustedes juntos en Deusto?...
RAFAEL Sí, pero cursábamos años distintos.
MAIR. Bien, pero sabrá usted de su vida, de sus costumbres...
- RAFAEL No.
MAIR. ¿Ni sabe usted por qué estuvo en Londres seis años?
- RAFAEL No; tampoco.
MERC. ¿Ni sabe usted tampoco por qué le echaron de la Academia de Artillería?
- RAFAEL ¡Ah! ¿Pero le echaron?...
MERC. Emilio Carranceja se lo ha contado a usted aquí mismo hace muy pocos días.
- RAFAEL (Azorado.) ¿Eh?
MERC. Sin querer, oí un momento lo que hablaban ustedes.
- RAFAEL No sé; no recuerdo.
GREG. Cuando nada dice, tendrá sus motivos.
RAFAEL Yo no soy capaz, señora, de propalar capri-

chosamente los defectos de nadie. Creo que mi deber es callar.

MAIR. En este caso, no, Solares. El Barón de Riqué pretende que su hijo Octavio entre a formar parte de nuestra familia; usted está obligado, aunque sólo sea por el afecto que nos tiene, a decirnos lo que sepa de ese muchacho.

RAFAEL (Estupefacto.) ¿Que el Barón pretende?... No es posible.

GREG. ¿Por qué no?

RAFAEL ¿Sabiendo que yo?...

MERC. ¿Eh? (Todos se miran)

MAIR. No me explico esas palabras de usted.

RAFAEL Quiero decir que sabiendo que estoy yo en esta casa, no comprendo cómo...

MAIR. Me da usted a entender que sabe de ese muchacho algo que le impide... Hable usted con claridad, Rafael, con absoluta claridad.

RAFAEL Yo no sirvo para delatar, don Adolfo. A ellos sí, cara a cara les diría cuanto fuese preciso. Pero no habrá ocasión, créalo usted. No es posible que intenten...

MAIR. El Barón de Riqué vendrá esta misma tarde a hablar conmigo de ese particular.

RAFAEL En ese caso, yo le suplico a usted, que a ser posible me permita asistir a esa entrevista.

MAIR. ¡Resultaría tan raro!

GREG. ¡Por Dios!

MAN. (Por el foro.) ¿Señor?

MAIR. ¿Qué?

MAN. El señor Barón de Riqué.

MAIR. Hágaie pasar. (Vase Manolita.)

GREG. ¿Vamos, Isidora?

ISID. Sí; vamos. (Vase Mercedes por la izquierda.)

RAFAEL (A Mairena.) Si no me manda usted nada...

MAIR. Quédese, Solares.

ISID. (A Gregoria, haciendo mutis.) ¿Pero?... ¿Eh? ¿Este?...

GREG. No sé, hija, no sé. La bonita fábula del perro del hortelano.

PUR. ¿Y usted no sabe lo que hay que hacer con esos perros? Porque yo sí lo sé.

GREG. Claro, tú como eres veterinaria... (Se va por la izquierda.)

BARÓN (Con Manolita en el antedespacho.) ¿La señorita está también en casa?

- MAN. Sí, señor; estaba aquí ahora mismo con el señor. (Anunciando.) El señor Barón. (Vase.)
- MAIR. (Saliendo a su encuentro.) ¡Oh! Querido Barón...
- BARÓN. Amigo mío, ¿qué tal?
- MAIR. Muy bien, muchas gracias.
- BARÓN. Dios te guarde, Rafael. (Le saluda.)
- MAIR. Siéntese, querido Barón, y dígame a qué debo el honor de su grata visita.
- BARÓN. Cómo: ¿su esposa no le ha dicho?...
- MAIR. No. No he hablado con ella en todo el día. Ha comido fuera, y por lo visto, aún no ha vuelto... (El Barón tuerce el gesto.) Yo, ahora apenas puedo acompañarla; estoy ocupadísimo. La dichosa novela absorbe por completo mi atención...
- BARÓN. ¡Oh! Y gusta muchísimo, ¿eh? Puede usted estar plenamente satisfecho.
- MAIR. Sí, estoy contento; muy contento.
- BARÓN. Es un verdadero primor. ¡Qué caracteres tan firmemente trazados! ¡Qué descripciones. Los tipos de Felisa y Donato son dos aciertos. Y de estos personajes del castillo de Ubrique, no hablemos. Ese viejo mayordomo...
- MAIR. Sí, ese don Mariano me ha salido muy bien.
- BARÓN. ¿Don Mariano? ¿No se llama también así el tío de Felisa, el notario de Cuenca?
- MAIR. Sí, señor; precisamente en esa dualidad estriba...
- BARÓN. ¡Ah! Ya; comprendido.
- MAIR. Por eso hay dos Marianos; el don Mariano de Cuenca y el don Mariano del Castillo, que es el que anuncia...
- BARÓN. ¡Claro! Y dígame; ¿muere o no muere Felisa?
- MAIR. Ya veremos, ya veremos. No quiero decir nada.
- BARÓN. Pero hombre, a mí... por lo menos ese detalle.
- MAIR. (Mira angustiado a Rafael, pero éste está de espaldas escribiendo a máquina.) Permítame que me encierre en una prudente reserva. Usted lo llamaría, pero Solares lo iría diciendo por ahí.
- BARÓN. ¡Basta! No quiero ser indiscreto.
- MAIR. ¡Oh!
- BARÓN. Pues siento que no haya hablado con su esposa, porque tiene algo importante que decirle con respecto a su pretensión. Yo le he

insinuado algo, pero no he querido ser con ella demasiado explícito para no apesadumbrarla del todo. El título nobiliario a que usted aspira... Pero desearía hablar con usted a solas, porque...

MAIR. ¡Oh! No. Solares posee todos mis secretos. La instancia solicitando el condado de Mairena, fué redactada por él mismo.

BARÓN. En ese caso.

MAIR. Hable, hable usted con entera libertad.

BARÓN. Pues bien; yo, no me he atrevido a influir. He notado tal hostilidad, que sin un motivo que justificara mi intervención y mi influencia...

MAIR. Sí; claro. Pero ese motivo... ¿Cómo podría justificarse?

BARÓN. Ya en otra ocasión le indiqué, aunque algo vagamente, el medio de conciliarlo todo.

MAIR. ¡Ah! Sí.

BARÓN. Y ahora vengo dispuesto a hablar con usted con la mayor claridad. Mi hijo Octavio está perdidamente enamorado de su hija de usted: y si usted viera este enlace con simpatías..

MAIR. Sería para mí una gran ventura. Octavio es el mayor de sus hijos de usted, ¿no?

BARÓN. Sí: el mayor. (Rafael deja de escribir a máquina.)

MAIR. ¿Ese fué el que estuvo en Londres unos años?

BARÓN. (Un poco escamado.) Sí.

MAIR. Algo he oído yo decir..

BARÓN. (Sonriendo.) Vaya usted a saber, amigo Mairena; alguna falsedad. ¡Se dicen tantas cosas de todo el mundo! ¡Quién está libre! (Rafael sonríe un tanto provocativo.) Y en este caso, figúrese usted; aunque mi hijo es noble y posee una fortuna, vale demasiado Mercedes para que no sea objeto de alguna calumnia aquel que aspire a merecerla.

MAIR. ¿Usted cree?...

BARÓN. Yo sé que no faltan logreros que aspiran a redimir su situación por medio de un enlace ventajoso, y esos logreros cuando creen hallar un obstáculo en su camino, apelan a todos los medios para verse libres de él. El mundo es así, amigo Adolfo. De seguro le habrán dicho a usted que a mi hijo Octavio le echaron de la Academia de Artillería, y

- que luego tuve que enviarle a Londres a raíz de no sé qué escándalo.
- MAIR. No, nadie me ha dicho...
- BARÓN (Mirando a Rafael.) Pues es muy extraño...
- RAFAEL Me mira usted, querido tío, no sé si desafiándome o reconviniéndome...
- BARÓN ¿Yo?
- RAFAEL Y sepa usted que yo no he dicho al señor Mairena nada que pudiera perjudicar a su hijo de usted.
- BARÓN ¡Ah!
- RAFAEL No, señor; me había parecido demasiado pronto.
- BARÓN ¿Eh? No comprendo...
- RAFAEL Sólo en presencia de usted, y cumpliendo un deber de conciencia, diré al señor Mairena los motivos que impiden el casamiento de Mercedes con su hijo de usted. No creo que usted, con su insistencia, me obligue a contarle todos los escándalos a que ha dado motivo su degeneración.
- BARÓN ¡Ah! Vamos; temes que mi hijo trastorne algún plan bien trazado... y no dudas en emplear la calumnia...
- RAFAEL ¿Qué quiere usted decir?
- BARÓN ¡Que hay tantos que aspiran a la mano de Mercedes y a la fortuna del señor Mairena!...
- RAFAEL (Lívido.) ¿Y cree usted que yo?...
- BARÓN ¡Pchsl!...
- RAFAEL Es usted un miserable, querido tío.
- MAIR. ¡¡Rafael!!... ¿Olvida usted que está en mi casa?
- RAFAEL Yo me olvido de todo cuando recibo un agravio.
- MAIR. Exijo que dé usted al Barón una explicación inmediata.
- RAFAEL ¡Nunca!
- MAIR. Entonces...
- RAFAEL Sé cuál es mi obligación, señor Mairena. (Recoge unos papeles de la mesita de la máquina de escribir)
- BARÓN Perdone, señor Mairena, que no prosiga ni un instante más en una casa donde se me maltrata ..
- MAIR. No es usted quien debe marcharse...
- RAFAEL Vuelvo a repetirle que sé cuál es mi obligación. Voy, con su permiso, a recoger mis papeles particulares. (Se va por la derecha.)

- MAIR.
BARÓN. No sé, amigo Barón, cómo testimoniarle...
¡Por Dios! ¿Qué culpa tiene usted?... Pero otro día seguiremos hablando de este asunto. Estey demasiado nervioso... Permítame que me retire...
- MAIR.
Crea usted que lamento con toda mi alma...
(Se van los dos por el foro.)
- MERC.
(Entra en escena por la puerta de la izquierda y se detiene en el umbral.) ¿Y cómo interpretar todo esto? ¡Dios mío! ¿Qué clase de hombre es este? (Entra RAFAEL en escena y se acerca a la mesa para ordenar los papeles que trae.) ¿Se marcha usted por fin?
- RAFAEL.
¿Eh?... ¡Ah! Ha escuchado usted...
- MERC.
Sí: no me avergüenza el confesarlo.
- RAFAEL.
Entonces comprenderá usted que después de lo ocurrido... Me he visto obligado a representar el papel de delator.
- MERC.
No siempre son dignas de vituperios las delaciones; cuando se inspiran en un fin noble, es un deber sagrado hacerlas.
- RAFAEL.
La mía, en opinión del señor Barón, no desmentida por su padre de usted, se ha inspirado en el más bastardo de los fines. Ellos creen que al descubrir yo quién es su pretendiente, no he querido cumplir con mi obligación de evitar la desgracia de la hija del hombre cuyo pan como, sino calumniar a un inocente para arrebatarle un bien que le estaba destinado.
- MERC.
Si lo dicho por usted no es calumnia, fácil le será probarlo; y en cuanto a... lo otro tampoco creo que sea un crimen el querer a una mujer.
- RAFAEL.
¿Cuando es rica?
- MERC.
¿Quién piensa ahora en miserias?...
- RAFAEL.
Ningún hombre de honor puede soportar que se le acuse de vender su nombre.
- MERC.
¿Y qué mujer soporta que se la acuse de vender su corazón?
- RAFAEL.
Aunque hubiese sentido por usted lo que algunos suponen, nunca hubiera sido yo quien tomase la iniciativa...
- MERC.
Naturalmente. Era yo quien debía ir a suplicarle que me concediera una limosna de cariño.
- RAFAEL.
Las limosnas sólo pueden darlas los ricos.

- MERC. ¡Siempre la misma acusación! Me está usted ofendiendo.
- RAFAEL Pues le pidió perdón... y me despido.
- MERC. Hace bien. Decididamente, no nos entendemos.
- RAFAEL Cuando se tiene su orgullo es difícil entenderse con nadie.
- MERC. Para tomar lecciones de humildad, buscaría mejor maestro que usted.
- RAFAEL Buenas tardes.
- MERC. Buenas tardes.
- (Rafael se cruza en el antedespacho con MAIRENA, se inclina ante él respetuosamente y se va.)
- MAIR. (Entrando en el despacho.) ¡Ah! ¿Eres tú?...
- MERC. Acaba de decirme Solares que se marcha...
- MAIR. Sí, y no puedo detenerle. Ha cometido una grave incorrección...
- MERC. Entonces has hecho bien en prescindir de sus servicios.
- MAIR. Lo siento porque era un muchacho muy servicial...
- MERC. ¡Bahl!
- MAN. (Por el foro.) ¡Señor!
- MAIR. ¿Qué?
- MAN. El Botones de la redacción, que viene a recoger las cuartillas para el folletín de mañana.
- MAIR. ¡Ah! Sí. Ahí en la mesita de la máquina deben estar.
- MERC. Espera. (Busca en la mesita.) No; aquí no hay nada.
- MAIR. Es extraño: ahí las guardaba Solares...
- MERC. ¡Ah! ¿Pero las guardaba él?
- MAIR. Sí, yo se las iba dictando...
- MERC. ¿Y hoy le habías dictado ya?...
- MAIR. Sí; es decir, no. Hoy todavía no...
- MERC. Entonces manda decir que luego...
- MAIR. Eso, sí; tienes razón. (A Manolita.) Dígale que luego yo las enviaré.
- MAN. Está muy bien. (Vase.)
- MAIR. (Buscando en la mesa.) ¡Qué conflicto!... ¡Si se las ha llevado! .)
- MERC. No sabes lo interesada que estoy por saber cómo termina la novela.
- MAIR. (Sin dejar de buscar, nerviosamente.) ¿Sí?
- MERC. Anda, dime el final. Te prometo no contar-lo. ¿Qué vas a hacer por fin con Felisa? ¿La casas o la metes en el convento?

- MAIR. No sé...
- MERC. ¿Eh?
- MAIR. Aún no sé fijamente... (¡Dios mío!... ¡Se las ha llevadol...)
- CARRAN. (Entrando en escena por el foro.) ¡Adolfo!... ¡Adolfo!...
- MAIR. ¿Qué ocurre?
- CARRAN. Que estábamos mal informados; que la elección de la Academia no es en la sesión próxima, como creíamos, sino en la de hoy.
- MAIR. ¿En la de hoy?
- CARRAN. Debe estar celebrándose en este momento, o acaso esté ya celebrada. A estas horas debes ser inmortal.
- MAIR. ¿Yo?
- CARRAN. Claro, hombre. ¿Dónde va a ir a parar la candidatura de Medina junto a la tuya? Medina tendrá media docena de votos, y me parecen muchos. ¿Cómo va a luchar nadie contigo, con el autor de una novela que está siendo la admiración de toda España.
- MERC. ¿Verdad que sí? (Dando a Mairena unas palmaditas.) Tiene mucho talento mi papaito.
- CARRAN. Y que lo digas. El folletín de hoy supera a toda ponderación. ¡Qué maravilla! La gente espera el número de mañana con verdadera ansiedad.
- MAIR. (Apuradísimo.) ¿Tú crees?...
- CARRAN. Pero hombre; ahí es nada; dejar a Felisa en el aire, sin que Donato pueda salvarla porque está narcotizado.
- MERC. Es verdad.
- CARRAN. Ahora, que a mí no me la da nadie. El que la salva es Cipriano, el cazador furtivo. ¿A que sí?
- MERC. Pero si Cipriano tomó el tren. ¿No se acuerda usted?
- CARRAN. ¿Qué tomó el tren? ¿Dónde?
- MERC. En el capítulo segundo.
- CARRAN. Tienes razón. No, si hay que tener mucha imaginación para desenlazar la novelita; ¡ya lo creo! Bueno, hasta ahora.
- MAIR. No, no te vayas; tengo que hablar contigo.
- CARRAN. Y yo también, pero deja que me llegue primero a la Academia a saber el resultado de tu elección. Son diez minutos.

- MAIR. Es que...
- MERC. Sí. Vaya usted, vaya usted. (A Mairena.) No le detengas.
- CARRAN. Son diez minutos. Hasta ahora mismo. A ver si te traigo la más agradable de las nuevas. (Se va por el foro.)
- MAIR. (Se deja caer abatido en una butaca.) ¡Válgame Dios!
- MERC. ¿Qué te pasa?
- MAIR. Nada, hija mía, nada; que van a elegirme académico cuando ese maldito folletín no puede continuar...
- MERC. ¿Eh?
- MAIR. Tendré que humillarme y suplicar a Solares que vuelva...
- MERC. ¿Pero qué tiene que ver Solares con tu obra?...
- MAIR. Nada, nada.
- MERC. Entonces...
- MAIR. Lo decía, porque como estoy acostumbrado a dictarle... Ya sabes que él escribe a máquina perfectamente...
- MERC. ¿Y esa es toda la dificultad?
- MAIR. No; es que en estas cosas artísticas, cualquier variación distrae el espíritu, y... ya tú me entiendes; no... vamos; no... Hay en esto muchas rarezas. Esquilc no podía dictar si no acariciaba al mismo tiempo a un galápago.
- MAIR. Sí, pero tú tienes demasiado talento para dar importancia a esas tonterías y como yo soy una gran mecanógrafa, figúrate que soy tu secretario y dictame. (Se sienta ante la máquina y prepara una cuartilla.)
- MAIR. (Atribulado.) ¿Eh? ¿Quieres que...?
- MERC. Así veré yo cómo se le ocurren a mi padre, a quien tanto quiero, esas cosas tan bonitas. Vamos, anda.
- MAIR. Pero si...
- MERC. Espera: te leeré las últimas palabras del folletín de hoy. Hagamos bien las cosas. (Toma el periódico y lee.) «Felisa, enloquecida de dolor salió del Castillo y se dirigió a lo más abrupto del monte. Abstraída en sus pensamientos equivocó el sendero y en vez de seguir el estrecho carril que conducía a la cabaña de Donato, tomó la estrecha vereda que rodeaba el tajo del torrente. De pronto

sintió que la tierra faltaba bajo sus piés, dió un grito y cayó al tajo quedando suspendida sobre el abismo pendiente de unas zarzas espinosas.» (Deja el periódico y se dispone a escribir.) Dictame.

MAIR. (Secándose la frente.) ¡No hay más remedio!

MERC. Vamos.

MAIR. La... la pobre Felisa estaba en... en una posición bastante incómoda en la que se sostuvo durante diez minutos.

MERC. Me parece demasiado.

MAIR. Pon cinco, es igual.

MERC. (Después de escribir.) Durante cinco minutos.

MAIR. Gritó, pateó, lloró y cayó por fin al fondo del tajo, quedando hecha cisco... ¡No! Hecha polvo. ¡Tampoco!... Quedando hecha una tortilla.

MERC. (Asombrada.) ¿Una tortilla?

MAIR. Naturalmente, cayendo desde esa altura..

MERC. Es que ni la palabra ni la imagen me parecen muy poéticas.

MAIR. Es verdad; sí, tienes razón. Pon... Es que yo quiero encontrar una palabra que exprese fielmente.. Hecha papilla, tampoco es bonito... Pon, aplastada; eso; quedando lo que se dice aplastada.

MERC. Pero, una vez muerta Felisa, termina la novela.

MAIR. ¡Claro!

MERC. Entonces...

MAIR. Ya se acabó.

MERC. Vamos, vamos; lo has echado a broma y tratas de divertirme conmigo ¿no? ¿Es posible que acabe así una obra como la tuya? ¿Quieres que Felisa, cuyo estado de alma has pintado tan admirablemente en todos los trances de su vida, muera, así, sin saber siquiera el origen de su nacimiento, sin oír una palabra cariñosa de labios de Donato? ¡No! Además, este estilo no es el tuyo. ¿Quieres echar a perder, al concluir, una obra tan hermosa como la que has hecho? Sabe Dios lo que pensaría la gente. Sospecharían acaso que era verdad eso que decían y que yo misma oí decir una vez..

MAIR. ¿Tú? ¿Qué oíste?... Dímelo.

MERC. ¡Bah! Fué en un teatro; a unos murmuradores que ignoraban quién era yo... Decían

que esas obras que tanto se celebran no son tuyas; que te las hacen otras personas... Ya ves qué disparate. Por eso me hace mal efecto esta broma que quieres darme. ¡Escribir en estilo pedestre y vulgar, tú, que sabes siempre encontrar una forma tan delicada para las ideas! Vamos, dictame con formalidad. Mira que estás haciéndome pasar un mal rato.

MAIR. (Angustiado.) ¡Mercedes!...

MERC. Dicta, dicta de una vez. No me hagas sufrir más.

MAIR. (Declarándose vencido.) No puedo, hija mía. ¡Déjame! ¡No puedo!

MERC. (Con ansiedad.) ¿Por qué?

MAIR. Porque... No me lo preguntes. (Se tapa la cara con las manos.)

MERC. Pero entonces... entonces, ¿es verdad?

MAIR. ¡Sí! (Queda Mercedes en una pieza.) Lo es. ¡Lo es! Yo no soy más que un usurpador, un comediante,..

MERC. ¡Padre! ..

MAIR. Paso por músico y no conozco las notas; me premian como pintor y no he cogido un pincel en mi vida, escribo novelas impresionantes y ya estás viendo cuál es mi estilo... Yo lo soy todo, menos lo único que soy realmente: un boticario ..

MERC. Pero si eso llega a descubrirse..

MAIR. ¿Y qué importa que lo sepan los demás, si lo sabes tú? A ti era a quien yo quería ocultarlo antes que a nadie. Me avergonzaba pensar que mi hija, a la que tanto quiero, llegara a saber que su padre no es más que un personaje grotesco, un fantoche...

MERC. No digas eso, ¡calla! Acaso no seas tú el mayor culpable, sino los que excitan a todas horas tu vanidad.

MAIR. ¿Carranceja?

MERC. Y alguien más.

MAIR. ¿Quién?

MERC. No me obligues a pronunciar su nombre. La que ocupa el puesto de mi madre, debe ser sagrada para mí.

MAIR. ¡Gracias, hija mía!

MERC. Dime la verdad, toda la verdad. ¿Esa novela?...

MAIR. Es de Solares, o mejor dicho de su padre.

El no ha hecho más que terminarla. Yo se la compré.

MERC. ¿Te la ha vendido?

MAIR. En diez mil pesetas. Emilio fué quien intervino en el negocio.

MERC. Pero si se la has comprado tienes derecho a reclamársela.

MAIR. Sí y él por vengarse, dirá la verdad a todo el mundo.

MERC. Tienes razón, sí; querrá vengarse de nosotros. Nos quiere mal

MAIR. (Viendo a Emilio que entra en el ante-despacho.) ¡Oh! Mira: Emilio.

MERC. Llega oportunamente: de él puedes valerte.

MAIR. Es verdad.

EMILIO (Entrando en el despacho.) Perdonen ustedes si les interrumpo .. ¿Qué tal, Mercedes? (La saluda.)

MAIR. Hombre, tienes el don de la oportunidad.

EMILIO (Estrechándole la mano.) Lo celebro muchísimo. ¿Qué pasa? ¿Necesita usted de mí?

MAIR. Quería hablar contigo a propósito de la novela.

EMILIO Hombre, qué casualidad; yo venía a hablar con usted a propósito, no de la novela, sino de Solares. (Advirtiéndole que está allí Mercedes.) Es decir, de . .

MAIR. No; puedes hablar con entera franqueza: mi hija está al corriente de todo.

EMILIO (Asombrado.) ¿Eh?

MAIR. Sí.

EMILIO Pues nada, el pobre Rafael que me envía a decirle, por supuesto con la mayor reserva, que se encuentra en un apuro—un caso de honor—y necesita urgentemente cinco mil pesetas.

MAIR. ¿Eh? ¿Cómo?...

MERC. ¿Rafael te ha enviado a decir?...

EMILIO (A Mercedes.) Yá sabes lo que él respeta a tu padre. Por eso no se ha atrevido a pedirse las directamente, y me ha encargado a mí de la comisión. El pobre está en un estado de ánimo espantoso. Anda, Emilillo, vé—me dijo casi llorando—y dile a don Adolfo que me saque de este conflicto, que salve mi buen nombre. ¡A mí me ha dado una lástima!...

MERC. ¿Pero eso cuándo ha sido?

- EMILIO Ahora mismo.
MAIR. ¿Ahora mismo?
EMILIO Está ahí en... Vamos, ahí en... Bueno, pero ustedes no se den por advertidos porque el pobre es así, tan apocado... ¡Es un gran muchacho!
- MAIR. ¿Y no te ha dado las cuartillas de la novela?
EMILIO ¿Eh?
MAIR. ¿No te ha dicho que ha salido de esta casa por haber cometido una incorrección?
EMILIO ¿Pero?..
MAIR. ¿Y que se ha llevado unas cuartillas que no le pertenecen, puesto que yo se las había comprado?
EMILIO (Sin saber qué hacer.) (¡Atiza! He metido la pata.)
RAFAEL (Entrando en escena) Perdónenme que les molesta un instante.
MERC. (Sorprendida.) ¿Eh?
MAIR. (Idem.) ¿Usted?
RAFAEL Me he llevado estos papeles por equivocación y vengo a devolvérselos. (Entrega a Mairena unas cuartillas)
MAIR. ¡Las cuartillas de la novela!
RAFAEL Sí, señor.
MERC. Hace bien en devolverlas, sobre todo si a la devolución va unida la promesa de que, aunque haya salido de esta casa, no descubrirá nunca el secreto de esas cuartillas.
RAFAEL (Extrañado.) ¿Eh? ¿Sabe su hija?
MAIR. Sí.
RAFAEL Yo no necesito prometer lo que tiene su garantía en mi honor.
MERC. Y en su conciencia también.
RAFAEL ¿En mi conciencia?
MERC. Mi padre está dispuesto a darle la nueva suma que exige.
EMILIO (Aterrado.) (Válgame Dios.)
RAFAEL ¿Que yo exijo?..
EMILIO Bueno, bueno; esto no es para tratado ahora. Después..
MERC. Las cuentas deben arreglarse cuanto antes y con claridad.
EMILIO (Apuradísimo.) Pero es que..
MAIR. Tiene razón mi hija. (A Rafael.) Hoy mismo tendrá usted en su poder las cinco mil pesetas. Pero me figuro que serán las últimas.
RAFAEL (Estupefacto.) ¿Eh? No comprendo...

- EMILIO Nada, nada; no se hable más de este asunto.
(A Rafael.) Luego te explicaré..
- RAFAEL Perdona, Emilio; luego, no: ahora mismo.
¿Qué calumnia es ésta?
- MAIR. ¿Es calumnia decir que me ha pedido usted mil duros por conducto de éste? (Rafael mira a Emilio.)
- RAFAEL ¿Yo?..
- EMILIO (Apuradísimo.) Te diré: es que...
- MERC. ¿Y es calumnia el decir que ha recibido usted ya diez mil pesetas por la novela?
- RAFAEL ¿Que yo he recibido?..
- MAIR. Emilio se las entregó de mi parte.
- RAFAEL ¿A mí? ¡Habla pronto, Emilio! ¡Pronto! ¿Qué significa esto?
- EMILIO Puedes suponerlo, Rafael. Perdóname. ¿A qué negar, señores? Soy un miserable.
- TODOS ¿Eh?
- EMILIO Rafael no ha recibido un sólo céntimo; es más, se negó siempre a tomar nada por su obra Soy yo quien se ha quedado con ese dinero.
- MERC. (A Rafael.) Entonces, ¿usted?...
- RAFAEL Yo podré prestarme a una superchería por amistad; por dinero, no. Es ofenderme el imaginarlo.
- EMILIO Perdóname, Rafael.
- RAFAEL No eres tú quien más me ha ofendido.
- MAIR. Es verdad.
- MERC. Reconozco mi injusticia. Las apariencias le acusaban...
- RAFAEL Aunque ellas me acusasen, su corazón debió defenderme, si yo hubiera sido para usted algo más que un... salteador de dotes de mujeres.
- MERC. Eso no es cierto.
- RAFAEL ¿No es cierto y ahora mismo ha creído usted que venía a vender mi silencio por unos billetes de banco? Cuento usted con él... de balde. Los salteadores también nos sentimos a veces generosos.
- MERC. Oigame, Rafael.
- RAFAEL Perdón. No tengo ya nada que oír en esta casa—a la que he vuelto a donar y no a llevarme—, y donde he dicho mi última palabra. Es decir, no; la última voy a decirla ahora, después del nuevo agravio. Nunca había osado poner en usted los ojos, como

se ha supuesto. Mis aspiraciones han sido siempre más modestas. Pero si hubiera tenido esa debilidad, le aseguro que estaría arrepentido de ella. La creía vanidosa, pero suponía que su vanidad obedecía a la misma alteza de sus pensamientos, y eso la dignificaba para mí. No es lícito tener vanidades cuando no se sabe pensar más que en la miseria del dinero, ni se tiene de los hombres otra idea que la de que se degradan y se venden. Por lo que a mí se refiere, ya ha visto usted que me ha calumniado. Buenas tardes. (Se va.)

GREG. (Entrando en escena por la izquierda con el DUQUE, PICAZO y SANTIZO.) ¡Adolfo, Adolfo!

MAIR. ¿Qué ocurre?

GREG. El Duque y estos amigos.

MAIR. ¡Oh! Señores... (Rápido saludo.)

GREG. Vienen a participarte un nuevo honor, el más grande de todos.

MAIR. ¿A mí?

DUQUE Sí, amigo mío: usted sabe que nuestra Sociedad estaba dividida en dos bandos; unos querían elegir presidente a Gómez Torres y otros al príncipe de la Rada. La lucha ha terminado retirando los dos su candidatura y presentando la de usted. Ha sido usted nombrado presidente por unanimidad.

MAIR. ¿Yo? ¿Yo presidente del Tiro de Pichón?

DUQUE Reciba nuestra más entusiasta enhorabuena.

CARRAN. (Por el foro, a carrera abierta.) ¡Inmortall... ¡Inmortall...

TODOS ¿Eh?

CARRAN. ¡Dame un abrazo! ¡Ya eres académico! (Gran alegría en todos, menos en Mercedes y Mairena.) Y por una votación brillante. Veintidós votos contra cuatro.

TODOS ¡Bravo! ¡Bravísimo! ¡Enhorabuena!

MAIR. (Aparte a Mercedes.) ¡Qué vergüenza, hija mía! (Mercedes baja los ojos.)

CARRAN. ¿Cómo iba a triunfar Medina contra ti, contra el genio de la novela?

PICAZO Ya lo creo. Es usted el primer novelista de España.

SANT. ¿Qué de España? ¿De Europa!

SOLLURO ¡Del mundo!

DUQUE Eso: del mundo.

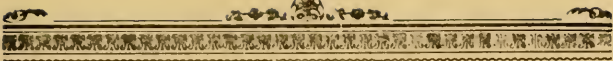
(Mercedes se deja caer casi sin fuerzas en una butaca y rompe a llorar.)

GREG. (Acudiendo a ella.) ¡Mercedes!...

MAIR. (Idem.) ¿Eh? ¿Qué le sucede? ¿Qué tiene?

CARRAN. ¿Qué ha de tener, hombre? Alegría. La alegría cuando es muy grande, ya lo ves, hace llorar. (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos anteriores. Es de día

(Al levantarse el telón están en escena GREGORIA, MAIRENA, CARRANCEJA y EMILIO.)

CARRAN. (Con un periódico en la mano.) Ya ves, querido Adolfo, que todos los periódicos te dedican elogios análogos.

MAIR. Sí...

GREG. ¿A ver? ¿Cómo termina ese? (Toma el periódico de manos de Carranceja.)

CARRAN. Por el estilo de los demás.

GREG. (Leyendo.) Para festejar tanto el triunfo obtenido por su interesantísima novela, como su elección para el cargo de académico, la Directiva del Tiro de Pichón ha reunido a las Juntas de las nueve sociedades que preside el señor Mairena y organizan en honor de tan ilustre y enciclopédico prócer un banquete monstruo y una tirada de pichones también monstruo.

CARRAN. ¿Monstruo? Escucha, académico: ¿la tirada es monstruo o monstrea?

MAIR. Hombre, monstrea, ¿no ves que es femenino?

GREG. Pues ya sabes lo que te preparan.

MAIR. Sí, pero tal vez renuncie a una y otra cosa.

CARRAN. ¿Eh?

GREG. ¿Renunciar?

MAIR. Estoy un poco fatigado de tanta mentira...

- EMILIO Piense usted lo que, hace porque esa negativa a los del Tiro puede sentarles como otro tiro...
- GREG No le hagan ustedes caso. Eso lo dice por oírme. Comprendo que esté un poco desanimado, porque es cierto que hasta ahora y merced a las intrigas de los envidiosos no ha podido lograr lo que se proponía; pero creo que ha llegado el momento de reñir la batalla.
- CARRAN. Soy de igual opinión.
- GREG. Estás en pleno triunfo; eres académico, acababan de hacerte senador vitalicio; el recuerdo de tu novela está latente... Ese nuevo modelo de Hidro-Avión que has presentado te granjeará las simpatías de la Marina, como la mochila te captó las del Ejército. Además, te preparo una gran sorpresa: vas a ser algo más que no eres, algo que aumentará tu popularidad y tu nombre.
- MAIR. Por Dios, Gregoria, que te tengo miedo.
- EMILIO Si no hubiera sido por ese majadero de Riqué ya sería usted conde a estas horas.
- CARRAN. Quién lo duda.
- GREG. A propósito: me han dicho que Solares se batió el otro día con Octavio, el hijo del Barón.
- EMILIO Y le ha estropeado un carrillo. Lo peor que podían haberle hecho al pobre Octavio: afearle el rostro.
- CARRAN. (A Mairena, que está abatidísimo.) Pero, ¿qué te pasó, hombre de Dios, a qué viene ese abatimiento?
- MAIR. Es que estoy preocupado, Amador; muy preocupado.
- CARRAN. ¿Acaso lo del desafío?...
- MAIR. No, no es eso. Algo me afecta también lo mal que hemos procedido con Solares, pero vamos, no es eso.
- GREG. ¿Qué te ocurre entonces?
- MAIR. Que en lo del Hidro-Avión creo que se nos ha ido un poco la mano.
- EMILIO ¡Bah! Un invento que ha adquirido usted por una bicoca ..
- CARRAN. Y que puede ponerte en las nubes.
- MAIR. Ahí duele, precisamente.
- GREG. ¿Eh? No comprendo...
- MAIR. Es que en el Aero-Club cree todo el mundo

que yo mismo voy a hacer las pruebas en San Sebastián, y yo no me remonto aunque me hagan Duque con grandeza. ¡Hasta ahí podían llegar las bromas!

GREG. ¿Pero quién piensa en eso?

MAIR. Yo me entiendo.

EMILIO Ya le he dicho, don Adolfo, que de esas pruebas me encargaré yo. Quiero de ese modo borrar la mala impresión que haya podido dejar en su ánimo mi pasada conducta...

MAIR. Bien, bien; con tal de no volar yo...

EMILIO Le advierto a usted que el aparato es seguro como una butaca.

MAIR. Aunque lo sea como una *chaise-longue*.

CARRAN. No tienes que preocuparte por eso.

GREG. ¡Por Dios! ¡Qué tontería!...

CARRAN. Tú lo que tienes que hacer es leer cuanto antes en la Academia tu discurso de recepción.

MAIR. En ese terreno lo que quieras.

CARRAN. Ya he encargado a Zapatero que te lo escriba.

MAIR. ¿A Zapatero? ¿Qué Zapatero es ese?

CARRAN. Víctor Zapatero y Cagigas, ¿no le conoces? Ese muchacho cojo...

MAIR. ¡Ah! Sí: uno rubio, sin pestañas, que tiene un pie así como cortado...

CARRAN. El mismo.

GREG. ¿Ese que estrenó una obra filosófica en el Español, aquella noche que llovía tanto?...

CARRAN. Justo: una comedia filosófica en siete actos que se titulaba: «Krausistas y escolásticos.» Gu-tó muy poco. Como no tenía más que tres personajes... Al tercer acto se fué casi todo el público y no quedamos en el teatro nada más que catorce o quince.

MAIR. Los amigos.

CARRAN. No; los que no teníamos paraguas. ¡Oh! Pero es un hombre de una gran cultura. Como casi no puede andar se pasa el día estudiando...

GREG. ¿Y sobre qué versa el discurso?

CARRAN. Sobre la historia del pie.

MAIR. ¿De qué pie? ¿Del suyo?

CARRAN. No, hombre; qué cosas tienes; la historia del pie.

EMILIO ¿Como medida de longitud?

CARRAN. Como parte del verso. El pie en el pentámetro, en el exámetro, etcétera, etcétera. Es un estudio que él tenía pensado para dar una conferencia, pero yo le hice desistir del propósito porque le dije: Como eres cojo y además te llamas Zapatero, en cuanto anuncies que vas a hablar del pie se te van a reír.

MAIR. ¡Claro!

CARRAN. Te advierto que ha hecho un estudio colosal; porque toma el pie desde antes del Diluvio. Sostiene que las formas poéticas han existido siempre y que ya nuestros primeros padres conocieron las décimas y prueba hasta la evidencia que la humanidad con el Diluvio no perdió el pie. Ya verás, ya verás: interesantísimo.

MAN. (Por la izquierda.) ¿Señora?

GREG. ¿Qué?

MAN. Los señores de Revilla.

GREG. ¿Están en el salón?

MAN. Sí, señora (vase.)

GREG. Vamos, Adolfo.

MAIR. ¿Yo también?...

GREG. Sí: nos traen noticias del título. Ven.

CARRAN. Yo voy a llegarme a casa del secretario particular del Presidente del Consejo. Esta mañana han vuelto a ocuparse del específico y me interesa saber...

MAIR. Pues hasta luego. ¿Volverás?

CARRAN. Sí; ya te tendré al corriente de todo.

MAIR. Adiós.

GREG. Hasta después. (Se van por la izquierda Mairena y Gregoria.)

CARRAN. (A Emilio.) ¿Tú te quedas?

EMILIO. (Haciendo sonar un timbre.) Sí: necesito hablar con Mercedes. No veía el momento de poderlo hacer.

MAN. (Por el foro.) ¿Señor?

EMILIO. Diga a la señorita Mercedes que estoy aquí aguardándola. (Vase Manolita.)

CARRAN. ¿Qué, cómo llevas ese asunto?

EMILIO. Bien: espero arreglarlo. Ya que metí la pata en aquella ocasión deseo ahora hacer cuanto sea posible por remediar el daño.

CARRAN. Eso está bien: así me gusta. Bueno, ahí te quedas. (Medio mutis.) No te laves nada ¿eh?

EMILIO. (Herido.) ¡¡Papáll...

- CARRAN. Hasta luego. (Se va por el foro.)
MERC. (Por la izquierda.) ¡Hola!
EMILIO Ven con Dios.
MERC. Cuando me has mandado llamar es señal de que hay novedades, ¿eh?
EMILIO ¡Y qué novedades!...
MERC. ¿Es de veras?
EMILIO Siéntate para que no te caigas redonda.
MERC. ¡Cómol ¿Acaso?...
EMILIO A las tres en punto vendrá a esta casa la madre de Rafael.
MERC. ¿La Condesa?
EMILIO La Condesa. A las tres en punto.
MERC. ¿No me engañas?
EMILIO Palabra de honor.
MERC. Pero si son ya las cuatro y media.
EMILIO ¿Las cuatro y media? Caracoles y cómo se pasa el tiempo.
MERC. ¿Cómo te explicas?...
EMILIO Se habrá retrasado o habrá variado de opinión; pero esta mañana me dijo que vendría y que vendría a esa hora.
MERC. ¿Tú le digiste?...
EMILIO Lo convenido; que tu padre deseaba verla para un asunto de muchísimo interés.
MERC. Puede que se haya figurado... ¡Qué fastidio!
EMILIO Si este medio no da resultado, buscaremos otros. Yo me he propuesto que Rafael y tú tengáis una explicación y lo consigo aunque me cueste la vida.
MERC. Muy difícil me parece. Ya ves que hasta ahora...
EMILIO No hay que desanimarse por eso. Constancia quieren las cosas. Mira, tengo un plan que como me cuaje... Claro que, para que cuaje, es preciso que coincidan muchas cosas; pero si coincidieran, esta misma tarde hablabas tú con Rafael.
MERC. ¿Dónde?
EMILIO Aquí mismo.
MERC. Eso es imposible, desgraciadamente.
EMILIO No es imposible, no.
MERC. ¿Tú crees?
EMILIO Estoy seguro.
MERC. Dime, dime, ¿qué cosas son esas, que tienen que coincidir?...
EMILIO Verás: hace falta que venga la Condesa; esa

es la principal: luego que yo salga como un rayo y encuentre un coche de punto en la esquina.

MERC. ¡Caramba!

EMILIO Después, que el coche me lleve como una exhalación al Ateneo; y que en el Ateneo esté Rafael, como acostumbra.

(Rumor de voces dentro.)

MERC. ¿Eh? ¡Calla!

EMILIO (Asomándose al foro.) ¡La Condesal... (Disponiéndose a hacer mutis.) Hasta luego.

MERC. Pero...

EMILIO Primera parte: el rayo. Por aquí me voy. Buena suerte. (Se va por la izquierda precipitadamente.)

COND. (Con Manolita, en el ante-despacho.) No, no; yo vengo a hablar particularmente con el señor.

MAN. El señor está en el salón con unas visitas. Si la señora Condesa quiere aguardar en el despacho mientras paso recado al señor...

COND. Sí...

MERC. No, Manolita; no pase usted recado ninguno.

MAN. Está muy bien. (Se va.)

COND. ¡Oh! Mercedes,...

MERC. Señora... (Un poco confusa, la saluda.) Perdone que haya dado a la doncella una orden contraria a los deseos de usted, pero... no era necesario pasar ese aviso a mi padre. No ha sido él quien la ha llamado, señora, he sido yo.

COND. ¿Usted?

MERC. Perdóneme la superchería, pero me ha parecido el medio más eficaz de conseguir mi deseo. Necesitaba a toda costa hablar con usted y no me atrevía a ir a su casa...

COND. ¿Por qué?

MERC. Por temor a que usted no quisiera recibirme o me acogiera con hostilidad.

COND. ¡Por Dios! Yo no acostumbro...

MERC. No trato de ofenderla, sino todo lo contrario. Reconozco que tiene usted derecho a juzgarme mal, a mirarme con malos ojos...

COND. ¿Yo?...

MERC. Permítame que le hable claramente. Ya comprenderá que cuando me he lanzado a hacer lo que he hecho, es porque estoy resuelta a tener con usted una explicación completa.

- COND. A mí no me debe usted explicación alguna.
MERC. Tal vez; pero se la debo a una persona que está muy cerca de usted y que se niega a recibirla. Cuando perdí la esperanza de que esa persona accediera a mi ruego y viniese a verme, fué cuando discurrí este engaño. «Puesto que Rafael no quiere oirme, pensé, me oirá su madre. Por su conducto le pediré el perdón que él no me deja pedirle directamente. No puedo buscar mejor interesora.»
- COND. ¿De suerte que me ha llamado usted, para?...
MERC. Para suplicarle que diga usted de mi parte a su hijo que le considero como el más hidalgo de los hombres, que me arrepiento de mis malos juicios y que... en el pecado llevo la penitencia, puesto que me ha hecho perder su amistad que ahora comprendo todo lo que vale .. No se niega usted a cumplir mi encargo, ¿verdad, señora?
- COND. Muy duro necesitaría tener el corazón para negarme.
- MERC. Gracias. Veo que no me guarda usted rencor por haber podido ser causa de su desventura. Al fin y al cabo, Rafael expuso su vida por culpa mía...
- COND. Mi hijo no hizo otra cosa que cumplir con su deber de caballero, y aunque aquel desafío costó muchas horas de angustia a mi alma, comprendo que no pudo evitarlo...
- MERC. Entonces... me perdona usted, ¿verdad?
- COND. Por eso no necesita mi perdón.
- MERC. (Un poco conmovida.) Gracias de nuevo, señora.
- COND. (Cada vez más afable.) Dígame, hija mía... A cambio del pequeño servicio que me pide usted, voy a permitirle hacerla una pregunta. ¿Rafael la conoce a usted bajo este . . . aspecto?
- MERC. ¿Eh? ¿Bajo qué aspecto?
- COND. Él de... no sé cómo llamarle: el de la humildad; porque él, antes, cuando me hablaba de usted y reconociendo todas las bellas cualidades que la adornan, me la pintaba siempre como un poco...—no se ofenda por lo que voy a decirle— como un poco orgullosa. A eso atribuyo las desavenencias entre ustedes.

- MERC. Y tiene razón. Ha sido mi orgullo, mi estúpido orgullo el que ha envenenado siempre nuestro trato. Y mi locura o mi necedad ha sido tanto más indisculpable, cuanto que desde el primer día que vino a esta casa, sentí por él lo que... (Se contiene avergonzada.)
- COND. (Muy cariñosamente.) ¡Mercedes!
- MERC. Sí... ¿por qué he de negarlo? Ya ve usted que se me ha escapado contra mi voluntad. Sentí por él, lo que ahora, cuando ya es tarde, comprendo que hubiera sido mi felicidad: el placer de tener... ¡una madre tan buena como usted lo hubiera sido para mí!
- COND. (Conmovida.) ¡Hija mía!...
- MERC. ¿Comprende usted mi desesperación?
- COND. Aún no es tiempo de desesperarse.
- MERC. ¡Cómo! ¿Usted cree?...
- COND. ¡Quién sabe!
- PUR. (Dentro.) Sí, sí: yo la buscaré.
- MERC. ¿Eh? ¿Quién?
- PUR. (Entrando en escena por el foro.) Hola: muy buenas tardes ¿Eh?... Condesa... ¿Cómo va?...
- COND. Muy bien, Purita; muchas gracias.
- PUR. ¿No está aquí mi madre?
- MERC. No; no ha venido: al menos que yo sepa...
- PUR. Habrá ido a la clínica a recogerme.
- COND. Ya me dijo su hermano que ha instalado usted una consulta de perros en la calle del Pez.
- PUR. Sí, señora; pero, vamos, no es consulta, es una clínica, mejor dicho, un hospital, porque admito a perros internos y medio pensionistas.
- COND. ¡Ah!
- PUR. De allí vengo ahora; por cierto que están todos los vecinos de la casa rabiando.
- COND. ¿Eh?
- MERC. ¿Qué dices, Purita?
- PUR. Rabiando, en el buen sentido de la palabra. Porque claro, yo no puedo evitar el que alguna amiga me mande un gato para que lo observe, y los perros y los gatos arman cada trapatiesta...
- COND. Y naturalmente, los vecinos...
- PUR. Los vecinos no se hacen cargo de que se trata de animales enfermos, a los que hay que soportar con paciencia.
- COND. Claro.

- PUR. ¡Pero hay tanta falta de caridad!. . Esta mañana, una perra mastina que tengo de medio pensionista, mordió en una pierna a la portera.
- MERC. ¡Jesús!
- PUR. Y no tienen ustedes idea de cómo se puso la buena señora ¿Miren ustedes que enfadarse por eso? Sabiendo como sabe que la pobre mastina está loca.
- COND. ¡Ah! ¿Está loca?...
- PUR. Sí: la trajeron de un cortijo a un hotel de la Castellana, llegó un día de Carnaval, la soltaron en el jardín, se asomó a la verja, vió a las máscaras y enloqueció. ¡Animalito!
(Por el foro entran en escena precipitadamente EMILIO y RAFAEL.)
- RAFAEL (Muy nervioso, en el ante-despacho) ¿Dónde? ¿Dónde está?
- EMILIO (Sujetándole.) Te repito que ha sido una broma: tranquilízate. ¿Ves?
- RAFAEL (Al ver a la Condesa, Mercedes y Purita que se han puesto de pie un poco asustadas.) ¿Eh? (Queda en la puerta del despacho.)
- EMILIO Convéncete: a tu madre no le ocurre nada. Eso del accidente ha sido una estratagema de la que me he valido para obligarte a volver a esta casa.
- RAFAEL (Con sorda rabia.) ¡Emilio!...
- EMILIO Prometí a Mercedes que te traería y lo he cumplido.
- RAFAEL ¿Pero ella?...
- EMILIO Ella no ha tenido intervención en esta farsa. Ha sido cosa mía exclusivamente.
- COND. Diga usted mejor cosa nuestra.
- RAFAEL ¿Eh?
- MERC. (Aparte a la Condesa, apretándole disimuladamente una mano.) Gracias, señora.
- COND. (A Mercedes.) ¿Están sus padres en el salón?
- MERC. Sí.
- COND. No quisiera marcharme sin saludarles...
- MERC. Tendrán muchísimo gusto...
- EMILIO (Ofreciendo el brazo a la Condesa.) Vamos, señora.
- COND. (A Rafael.) Hasta luego, hijo mío: Mercedes te dirá... (A un gesto de Rafael.) Oyela... (Vase por la izquierda con Emilio.)
- PUR. (Haciendo mutis tras ellos.) (También en esta clínica hay perros y gatos; pero estos cuando muerden... ¡Ay!...) (Suspira y se va.)

- MERC. (Tras una pausa embarazosa.) Ya ha oído usted que yo...
- RAFAEL Sí; no ha tomado usted parte en esta farsa...
- MERC. No, señor; no se me había ocurrido. De haberseme ocurrido... ¿a qué mentir?, hubiéramos tenido antes de ahora esta entrevista. A usted le consta que he intentado repetidas veces hablar con usted.
- RAFAEL (Un poco confuso.) Sí. .
- MERC. Y esto de que las mujeres tengamos que perseguir a los hombres, me parece un poco el mundo al revés.
- RAFAEL Me figuro que hablará usted en broma.
- MERC. ¡Broma pesada la que me ha dado usted con su resistencial! Por fortuna yo estaba segura de vencer.
- RAFAEL Para que haya victoria tiene que haber enemigo, y no creo que me considere usted como tal.
- MERC. Le considero como enemigo mío, y lo que es peor aún, como enemigo mío, con razón.
- RAFAEL ¿Eh?
- MERC. ¿Quiere usted que hablemos dos minutos sin reticencias ni ironías?
- RAFAEL Sea.
- MERC. Pues siéntese usted.
- RAFAEL Muchas gracias. (Se sienta.)
- MERC. (Sentándose cerca de él.) Empezaré por decirle que estaba decidida, completamente decidida a hablar con usted. Aquí, en su casa, en la calle, donde fuera. Necesitaba a toda costa que hablásemos. La conciencia me lo ordenaba. Necesitaba decirle que le he juzgado injustamente cuando su proceder con mi padre y conmigo ha sido siempre de un desinterés y de una nobleza admirables. Además tengo con usted una deuda de gratitud y era preciso que le diera las gracias. Usted ha expuesto su vida por mí... (Rafael intenta hablar.) No me interrumpa, porque no digo nada que no sea exacto. La he expuesto por mantener una verdad que ha evitado mi desventura.
- RAFAEL ¡Por Dios, Mercedes!...
- MERC. Luego ha sido por mí— por mí, que le pagaba calumniándole, —por quien ha corrido ese riesgo... ¡Gracias, Rafael!... Y ya le he dicho todo lo que tenía el deber de decirle.

Ahora no le detengo más. (Rafael se pone de pie.) ¡Sí!... Una cosa le pido solamente... No se vaya usted todavía.

RAFAEL

Usted dirá.

MERC.

Le pido que reconozca que... empiezo a corregirme del defecto que tantas veces me ha señalado. La Condesa ya... ya lo ha reconocido... Las mujeres tienen siempre más... más facilidad de comprensión...

RAFAEL

Muchas gracias.

MERC.

Y más... (Se da unos golpecitos en el lado del corazón) Es verdad que he sido siempre vanidosa y altiva... Por eso tiene algún mérito el sacrificio que hago en este momento de mi altivez, imponiéndome esta justa humillación, reconociendo que he procedido mal y pidiéndole humildemente que me perdone.

RAFAEL

Reconozco que es usted demasiado generosa conmigo, puesto que en mi conducta no hay nada que merezca elogio ni gratitud. Ningún hombre de honor hubiera procedido de distinta manera.

MERC.

Sí, pero... (Pausa.)

RAFAEL

Si no tiene usted otra cosa que decirme... (Intenta marcharse.)

MERC.

Algo más le diría si me atreviera...

RAFAEL

¿Qué?

MERC.

Que no le juzgaba tan rencoroso. Veo que no quiere usted perdonarme.

RAFAEL

Usted no necesita mi perdón.

MERC.

Lo necesito y por eso se lo pido; pero me he llevado un desengaño espantoso. Yo creía que usted me odiaba.

RAFAEL

¿Y a eso le llama un desengaño?

MERC.

Sí: el odio está más cerca del afecto que la indiferencia, y noto con pena que le soy indiferente; o lo que es lo mismo, que debo renunciar para siempre a tenerle por amigo. No lo merezco, sin duda. Me resignaré.

RAFAEL

(Sonriendo y afablemente.) Ha pasado usted en pocas horas de un extremo a otro: de un orgullo exagerado a una humildad más exagerada aún.

MERC.

Será porque en esas horas me ha descubierta usted todo lo que vale y habré entrado en deseos de merecer su amistad.

RAFAEL

¡Por Dios!...

- MERC. ¿Se ríe usted?...
- RAFAEL No, no...
- MERC. Sí; se ha reído usted: lo he visto.
- RAFAEL Puede: es que eso del odio... me ha hecho gracia.
- MERC. Pues se lo digo a usted como lo siento; me gustaría que me odiase usted, que me aborreciera. Puesto que tiene usted motivos... aborrézcame; pero no me trate usted con esa indiferencia. Esa indiferencia me parece demasiado castigo, Rafael.
- RAFAEL Nunca la hubiera creído capaz de mostrarse tan noblemente sincera como se muestra en este instante. Si me hubiera dejado ver antes su alma, no tendría que arrepentirme de la injusticia de haberla calumniado. ¿Por qué me la enseña usted tan tarde?
- MERC. (Vivamente.) ¿Tarde... para qué?
- RAFAEL Para... (Se contiene)
- MERC. (Coquetísimamente) ¿Teme usted hablar?
- RAFAEL Temo que descubra usted lo que deseo ocultarle; que es verdad, sí, la odio, la detesto... (Hablandole muy cerca y casi comiéndosela.)
- MERC. (Dejándose comer.) ¡Gracias a Dios!
- RAFAEL La aborrezco tanto y son tales mis deseos de venganza, que todo me parece poco para satisfacerlos.
- MERC. Eso: así, muy bien. Ya estoy yo contenta.
- RAFAEL (En traidor, de drama policíaco.) Quisiera para usted todos los males de la vida.
- MERC. ¡Duro!
- RAFAEL Y una muerte lenta, muy lenta: una agonía de treinta años.
- MERC. Son muy pocos. Merezco más.
- RAFAEL (Cada vez más sordamente.) Y para lograr mi propósito, he de pedir su mano y he de casarme con usted, y entonces... ¡Qué treinta años de agonía!
- MERC. ¡Y dale con los treinta años! Ponga usted siquiera cincuenta para que podamos celebrar nuestras bodas de... ¿Cómo se llamarán esas bodas?
- RAFAEL ¡De exterminio!... Qué, ¿acepta usted?
- MERC. Tendrá usted que decirle a mi padre que me quiere.
- RAFAEL Sí: para engañarle. Pero a él, nada más que a él.
- MERC. Perfectamente.

- RAFAEL (Enérgico.) Y usted tendrá también que decirle a mi madre que me adora.
- MERC. (Idem.) Ya se lo he dicho, caballero.
- RAFAEL ¿Eh?
- MERC. Hace un momento.
- RAFAEL ¿Pero?...
- MERC. Y estaba dispuesta a declararme a usted.
- RAFAEL ¡Mercedes!
- MERC. (Seriamente, indicándole la puerta de la izquierda.)
¿Vamos?
- RAFAEL (Ofreciéndole el brazo.) Vamos.
- MERC. No es costumbre, caballero. ¿Es que desea usted que comiencen ya las torturas?
- RAFAEL Sí.
- MERC. Entonces... (Se agarra del brazo de Rafael muy seria.)
- RAFAEL (Intentando besarle una mano.) ¡Mercedes!
- MERC. Cuidado, podría vernos alguien y creer que esto era cariño.
- RAFAEL Deja tú que crean lo que les dé la gana. (se van por la izquierda.)
(Por el foro entran en escena ISIDORA y CARRANCEJA. Este viene muy nervioso.)
- ISID. ¿Pero es que no puedo yo saber lo que te sucede?
- CARRAN. Ahora, mujer, ahora: cuando estén delante Purita y Emilio. ¿A qué contar las cosas veinte veces? (Hace sonar un timbre.) ¡Qué atrocidad! ¿Quién me iba a decir?... ¡Jesús, Jesús!...
- ISID. ¿Es algo malo, Amador?
- CARRAN. No, no; no es nada malo: al contrario.
- ISID. Entonces, tranquilízate.
- CARRAN. No puedo. Procuro tranquilizarme, pero no no puedo.
- MAN. (Por el foro.) ¿Han llamado los señores?
- CARRAN. Oiga, Manolita, ¿dónde están mis hijos?
- MAN. En el recibimiento, despidiendo a la señora Condesa de Vanderloc.
- CARRAN. ¿Eh?
- ISID. ¿La Condesa aquí?
- MAN. ¡Anda! ¡Y el hijo.
- ISID. ¿Rafael?
- MAN. Sí, señora. Y para mí que... (Hace un guiño.)
Como una está a lo que pesca, pues...
- CARRAN. ¿Qué?
- MAN. Que tienen todos caras de pascua y que algo debe pasar, porque los señores iban a des-

- pedir a la señora Condesa y va y dice la señora Condesa a los señores: «No, no: Emilio y Purita me acompañarán: sigan ustedes hablando con Rafael y con Mercedes. Eso nos interesa mucho a todos». ¿Eh? ¿No opina usted como yo, que algo pasa?
- ISID. Seguramente.
- MAN. ¡Ay! Quiera Dios que se arreglen de una vez, porque la señorita está por él que tira piedras. Los cuatro se han quedado en el salón, veremos lo que resulta
- CARRAN. Entonces los señores de Revilla, ¿se marcharon ya?
- MAN. Sí, señor. Deben haber traído una mala noticia, porque cuando salieron tenían los señores una cara que les llegaba hasta aquí. (Por la cintura.)
- CARRAN. Bien, bien; diga a mis hijos que vengan.
- MAN. Sí, señor; los buscaré, porque ya no deben de estar en el recibimiento. Claro, coge una el hilo... (Se va por el foro.)
- CARRAN. No le conceden el título, Isidora, no se lo conceden. Es decir, ¡sí se lo conceden! ¡Estoy aquí yo!
- ISID. ¿En qué quedamos?
- CARRAN. Él ignora que todo el mundo habla y dice... Porque estas supercherías, aunque se hagan bien, siempre trascienden... Y aunque en letras de molde no se comente el caso, porque Emilio no lo consentiría, la gente sabe cuanto tiene que saber, y...
- ISID. Desengáñate, Amador, que Gregoria tiene mucha culpa...
- CARRAN. Claro, mujer; si hace las cosas muy mal. Gracias a mí no le ha puesto ya en ridículo cuarenta veces. Porque con el mejor deseo...
- ISID. No sé esa Gregoria en lo que piensa. Y todo por un título nobiliario, como si un título sirviera para algo.
- CARRAN. ¿Verdad?
- ISID. Yo por un título nobiliario no iría ni de aquí a la esquina. Te diré más: creo que si me lo regalaran, no lo aceptaría.
- CARRAN. (Un poco conmovido.) ¡Gracias, Isidora!
- ISID. ¿Eh?
- CARRAN. ¡Gracias! Me entusiasma y hasta me conmueve el oírte hablar de esa manera.
- ISID. ¿Pero?...

CARRAN. Tienes razón: tus palabras me animan y me confortan. La modestia, la humildad, es el más lucido florón para aquellos que, como nosotros, han nacido para volar a ras del suelo, sin por eso mancharse las alas. Gracias, Isidora. Seamos violeta:; perfumemos en la sombra: sí, seamos violetas.

ISID. Pero, ¿a santo de qué vienen todas esas tonterias, Amador? ¿Es que te has vuelto loco?

CARRAN. Motivos me sobran para ello, Isidora.

PUR. (Entrando en escena con EMILIO, por el foro.) ¡Novedades, hay novedades! ¡Mercedes y Rafael se han arreglado!

EMILIO Gracias a mí. Todo no había de salirles mal, porque lo del título...

CARRAN. ¿Eh?

EMILIO El señor Revilla ha dicho a don Adolfo que renuncie a toda esperanza.

CARRAN. ¡Me alegro!

TODOS ¿Eh?

CARRAN. Sí, me alegro; porque de ese modó... Oídme hijos míos: óyeme tú también, Isidora. Cuanto somos, lo debemos a la protección de Adolfo Mairena. A él deberé mi fortuna, porque ese específico contra la parálisis, que me ha donado generosamente, puede ser para nosotros un negocio de fábula. Así como suena; de fábula. La casa Maixá de Barcelona, me ofrece una millonada por su explotación. ¡Con la vida no le pagaríamos tantos favores!

ISID. Es verdad.

CARRAN. Pues bien: voy a pagarle. Sí. Voy a pagarle con creces; porque él cifra su ideal en conseguir un título nobiliario y ese título va a obtenerlo gracias a mí. Es decir, gracias a su talento, pero gracias a mí.

ISID. No comprendo.

CARRAN. Me explicaré. El Consejo de Ministros ha propuesto a Su Majestad se conceda un título de Conde al inventor del remedio contra la parálisis.

TODOS ¿Eh?

EMILIO ¿Al inventor?... Es decir: a ti.

CARRAN. Sí, a mí; porque hasta ahora soy yo quien lo firma, pero...

ISID. ¿Y por qué lo firmas tú? ¿No es porque Gregoria se avergüenza de que su marido sea farmacéutico? ¡Ah!

- PUR. Gregoria y el propio don Adolfo. Recuerda que no quiso ni oír hablar de ese asunto. Lo tiene a menos.
- EMILIO Y tan a menos.
- ISID. Ya lo creo. (A Carranceja.) ¿Y tú pretendes acaso?...
- CARRAN. ¿Eh?
- ISID. Vamos, vuelve en ti, Amador. Ese título es tuyo, exclusivamente tuyo.
- EMILIO Tiene razón mamá.
- PUR. Que le sobra.
- CARRAN. Poco a poco; poco a poco, hijos míos. ¿Es que voy yo a disputar a Mairena lo que legítimamente le pertenece? Bueno que acepte el dinero que el específico produzca, porque cuando se tienen hijos no se puede ser Quijote y hay que aceptar la fortuna venga de donde viniere; pero un honor que es recompensa al talento, sólo el talento debe recibirlo. Además, la primera condición de todo hombre bien nacido es la gratitud y yo no puedo ser ingrato con Adolfo a quien debo todo cuanto soy.
- ISID. Mirado bajo ese punto de vista...
- EMILIO Claro, llevadas las cosas a ese terreno...
- PUR. ¡Qué duda cabe!
- ISID. Mucho me gustaría ser condesa y más ahora que vamos a ser ricos, pero...
- EMILIO Menudo casamiento podía yo hacer con el título, pero...
- PUR. Papá tiene razón. Ya que todo lo debemos a don Adolfo...
- CARRAN. No crean ustedes que yo me desprendo del título con alegría; no. A mí, eso de ser Conde... ¡qué diantre! Me halaga. A nadie le amarga un dulce y yo soy golosillo, muy golosillo; pero el deber...
- ISID. ¡Clarol... No: si está bien. Tú piensas como debes... Nunca has tenido mucho talento, pero siempre has sido bueno; eso no puede negarse. Ahora, que es una lástima... Porque mira que Condes nosotros...
- PUR. ¡Poder yo poner la corona en los visillos de mi clínica!...
- EMILIO En fin, ¿qué le hemos de hacer? Paciencia.
- CARRAN. Sí; no hay que pensarlo más. Voy a buscar a Adolfo ahora mismo.
- ISID. Aquí viene con todos.

- CARRAN. Mejor, así todos recibirán la alegría. Ahora que está más cerca el sacrificio siento aún más viva la satisfacción de realizarlo. (A MAIRENA que entra en escena por la izquierda con GREGORIA, MERCEDES y RAFAEL.) ¡Adolfo!... ¡Adolfo!... Dame un abrazo muy fuerte... ¡muy fuerte!... (Lo abraza.)
- MAIR. ¿Eh? ¿Qué sucede? ¡Ah! Aludes a lo de Mercedes y Rafael.
- CARRAN. No: aludo a algo muy grande. Prepárate; se trata de una noticia estupenda.
- MAIR. ¿Eh?
- CARRAN. El sueño de tu vida realizado.
- GREG. ¿Cómo?
- ISID. Un nuevo honor que acaban de concederle.
- MAIR. ¡Basta ya de honores! ¡Basta de farsas!
- CARRAN. No: que este honor lo has ganado en buena lid.
- GREG. ¿Pero de qué se trata?
- CARRAN. (Dándole una carta.) Lea usted, señora. Del Presidente del Consejo: acabo de recibirla.
- GREG. ¿A ver? (Lee.) «Señor don Amador Carranceja. Muy señor mío de mi más alta consideración: tengo el honor de anunciarle que en vista de los maravillosos resultados obtenidos en las pruebas de su admirable invento contra la parálisis infantil, el Gobierno en Consejo de Ministros celebrado hoy, propuso a Su Majestad la concesión en su favor de un título de Castilla, que con la denominación de Conde de la Piedad Benéfica perpetúe la memoria del gran descubrimiento que honra a España y favorece a la Humanidad. Con este motivo...» (Dejando de leer.) ¿Pero esto?... (Da la carta a Mairena.)
- MAIR. (Tras una breve pausa, devolviendo la carta a Carranceja.) Está muy bien, Amador: te felicito.
- CARRAN. ¿A mí?
- MAIR. Naturalmente.
- CARRAN. Es que... aquí todos estamos en el secreto, Adolfo. Todos sabemos quién es el autor. Yo no he hecho más que dar mi nombre.
- GREG. Claro, él no ha hecho más que dar el nombre...
- MAIR. Por eso es suyo el invento. Las cosas son de quien les da el nombre. ¿No son míos cuadros y novelas y sinfonías y folletos?...
- GREG. Mira, mira, déjate de bromas. Carranceja

- escribirá luego al Presidente diciéndole la verdad, esto es, que el descubrimiento ha ha sido tuyo, aunque lo hayas ocultado por modestia.
- MAIR. ¿Lo creería nadie, después de haber firmado yo tantas cosas que no eran mías, por vanidad?
- ISID. Naturalmente... (Se tapa la boca.)
- MAIR. Carranceja se guardará muy bien de hacer nada de eso.
- GREG. ¿Pero quieres que acepte una gloria que no le pertenece? ¿Que reciba un premio que no ha ganado?
- MAIR. ¿Cuántos no he recibido yo sin ganarlos tampoco?
- GREG. Imposible, Adolfo: tú no puedes renunciar a ese título.
- MAIR. Sí, Gregoria: renuncio a él. Mi resolución es irrevocable.
- EMILIO (Conmovido) ¡Qué hombre tan digno!
- PUR. ¡Y tan grandel...
- GREG. ¿Pero en qué te fundas?... ¿Por qué?...
- MAIR. Porque ese debe ser mi castigo... y el tuyo, Me he pasado la vida recibiendo honores que se debían a otros: justo es que ahora los otros reciban alguno que se me deba a mí.
- CARRAN. Pero Adolfo...
- MAIR. Tú has sido siempre mi cómplice: el que más me ha ayudado a usurpar lo ajeno... Tú eres quien debe llevar el título que yo deseaba ..
- GREG. ¡No! ¡No!...
- MAIR. Sí. No se hable más de ello.
- CARRAN. ¡Perfectamente! ¡Me sacrícol!
- MERC. ¡Bien, padre, bien! Ahora sí que estoy orgullosa de ti.
- MAIR. (Abrazándola.) ¿De veras?
- RAFAEL. Ese rasgo vale por veinte novelas...
- MAIR. No diga usted eso. Es un nuevo egoísmo. Es que no quiero envilecer el único honor que he merecido de verdad, poniéndolo al lado de todos los que he recibido sin merecerlos. (Telón.)

Obras de Pedro Muñoz Seca

Las guerreras, juguete cómico-lírico. Música del maestro Manuel del Castillo.

El contrabando, sainete. (Décima edición.)

De balcón á balcón, entremés en prosa. (Tercera edición.)

Manolo el afilador, sainete en tres cuadros. Música de los maestros Barrera y Gay.

El contrabando, sainete lírico. Música de los maestros José Serrano y José Fernández Pacheco. (Sexta edición.)

La casa de la juerga, sainete lírico en tres cuadros. Música de los maestros Quinito Valverde y Juan Gay.

El triunfo de Venus, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música del maestro Ruperto Chapí.

Una lectura, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Celos, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Las tres cosas de Jerez, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Amadeo Vives.

El lagar, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Guervós y Carbonell.

A prima fija, entremés en prosa.

El niño de San Antonio, sainete lírico en tres cuadros. Música del maestro Saco del Valle.

Floriana, juguete cómico en cuatro actos, adaptado del francés.

Los apuros de Don Cleto, juguete cómico en un acto.

Mentir á tiempo, entremés en prosa.

El naranjal, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

Don Pedro el Cruel, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

El fotógrafo, juguete cómico en un acto.

- El jilguerillo de los Parrales*, sainete en un acto.
- La neurastenia de Satanás*, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música de los maestros Saco del Valle y Foglietti.
- Mari-Nieves*, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Saco del Valle.
- Tentaruja y Compañía*, pasillo con música del maestro Roberto Ortells.
- ¡Por peteneras!*, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja. (Segunda edición.)
- La canción húngara*, opereta en cinco cuadros. Música del maestro Pablo Luna.
- La mujer romántica*, opereta en tres actos, adaptación española.
- El medio ambiente*, comedia en dos actos.
- Coba fina*, sainete en un acto. (Segunda edición.)
- Las cosas de la vida*, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)
- La nicotina*, sainete en prosa.
- Trampa y cartón*, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)
- La cucaña de Solarillo*, zarzuela en un acto. Música del maestro Pablo Luna.
- El modelo de Virtudes*, juguete cómico en dos actos.
- López de Coria*, juguete cómico en dos actos.
- El bien público*, sátira en dos actos.
- El milagro del santo*, entremés en prosa.
- El incendio de Roma*, juguete cómico con música del maestro Barrera.
- El Pajarito*, comedia en dos actos.
- El paño de lágrimas*, juguete cómico en tres actos.
- Fúcar XXI*, disparate cómico en dos actos.
- Pastor y Borrego*, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)
- La niña de las planchas*, entremés lírico.
- Cachivache*, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.
- Naide es na*, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.

- El roble de «la Jarosa»*, comedia en tres actos.
- La frescura de Lafuente*, juguete cómico en tres actos
(Segunda edición.)
- La casa de los crímenes*, juguete cómico en un acto. (Segunda edición.)
- La perla ambarina*, juguete cómico en dos actos.
- La Remolino*, sainete en un acto. (Segunda edición.)
- Lolita Tenorio*, comedia en dos actos.
- Los que fueron*, entremés en prosa.
- La escala de Milán*, propósito.
- La conferencia de Algeciras*, propósito.
- El verdugo de Sevilla*, casi sainete en tres actos y en prosa. (Cuarta edición.)
- Doña María Coronel*, comedia en dos actos. (Segunda edición.)
- El Príncipe Juanón*, comedia dramática en tres actos y prosa.
- El último Bravo*, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
- La locura de Madrid*, juguete cómico en dos actos.
- Hugo de Montreux*, melodrama en cuatro actos.
- El marido de la Engracia*, sainete en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música de los maestros Barrera y Taboada Steger.
- La traición*, melodrama en tres actos.
- Los cuatro Robinsones*, juguete cómico en tres actos y en prosa.
- Adán y Evans*, monólogo.
- El rayo*, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Cuarta edición.)
- El sueño de Valdivia*, sainete en un acto. (Segunda edición.)
- Albi-Melén*, obra de pascuas en dos actos, divididos en cuatro cuadros, música del maestro Calleja.
- El último pecado*, comedia en tres actos y un epílogo. (Segunda edición.)
- John y Thum*, disparate cómico-lírico-bailable en dos actos, divididos en seis cuadros. (Segunda edición.)
- Los rifeños*, entremés en prosa.

- El voto de Santiago*, comedia en dos actos. (Segunda edición).
- El teniente alcalde de Zalamea*, juguete cómico en un acto.
- De rodillas y a tus piés*, entremés.
- La casona*, comedia dramática en dos actos.
- Los pergaminos*, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
- Garabito*, chascarrillo en prosa.
- La barba de Carrillo*, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)
- La fórmula 3 K³*, disparate en un acto. (Segunda edición.)
- Las famosas asturianas*, comedia en tres actos de Lope de Vega. Refundición.
- La venganza de Don Mendo*, caricatura de tragedia en cuatro jornadas, original, escrita en verso, con algún que otro ripio. (Cuarta edición.)
- La verdad de la mentira*, comedia en tres actos. (Segunda edición.)
- Un drama de Calderón*, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)
- Trianerías*, sainete en dos actos, divididos en seis cuadros, con ilustraciones musicales de Amadeo Vives.
- Los planes de Milagritos*, apunte de sainete.
- Las verónicas*, juguete cómico-lírico en tres actos, música de Amadeo Vives.
- La Tiziana*, entremés con música de Manuel Font.
- El mal rato*, paso de comedia.
- Faustina*, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)
- La razón de la locura*, comedia gran guñolesca en tres actos. (Tercera edición.)
- Los amigos del alma*, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)
- El colmillo de Buda*, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Segunda edición.)
- El condado de Mairena*, comedia en tres actos y en prosa.

PRECIO: 3,50 PESETAS

**RARE BOOK
COLLECTION**



**THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL**

PQ6217

.T44

v. 373

no. 1-14

